

HISTORIA E HISTORIAS PRODIGIOSAS

de las tertulias de rebotica en España



José González Núñez

HISTORIA E HISTORIAS PRODIGIOSAS

de las tertulias de rebotica en España

José González Núñez

© de los textos: José González Núñez
F. Javier Puerto Sarmiento
© de las imágenes: Pedro Soler Valero
Maquetación y Diseño: Ángel Martínez
Edición: Ediciones PANACEA
Impresión:
ISBN: **978-84-120414-3-9**
Depósito Legal: **D.L. TO 19-2024**

Reservados todos los derechos.

Ediciones PANACEA

A la memoria de Raúl Guerra Garrido.

Presentación

*Al igual que en las boticas, de todo hubo en las reboticas.
De éstas se sabe muy poco, porque faltó el testimonio escrito,
y hay que contar su pequeña historia con muy pocos datos
y bastante imaginación.*

José Luis Urreiztieta

Han pasado cuarenta años, más o menos, desde que José Luis Urreiztieta sacara a la luz el papel que las tertulias de rebotica habían jugado en la historia de España desde su nacimiento por el tiempo de la Ilustración hasta la llegada del régimen democrático del 78, aunque la modestia del farmacéutico de Navalengua (Ávila) le llevara a afirmar que lo había hecho de “una forma fragmentaria e incompleta”.

Yo sé de la buena tinta de mi amigo Victor González Monje, que por aquel entonces realizaba las prácticas de fin de carrera en la farmacia de Urreiztieta, que el autor de *Las tertulias de rebotica en España. Siglos XVIII-XX* (1985) llevó a cabo su impagable trabajo con paciencia monacal y espíritu labriego, escarcullando en documentos y legajos, rastreando en ensayos y libros de historia, desbrozando narrativas y no dejando escapar testimonio o dato alguno de los que el azar proporciona a veces de forma afortunada a quienes buscan algo con empeño. Su mirada va más allá del ojo del boticario y permite otear la vida cotidiana española en medio de los avatares sociales, políticos y culturales de una época histórica verdaderamente apasionante.

Desgraciadamente, en el tiempo transcurrido desde la publicación del libro, apenas se han producido aportaciones sustanciales al tema y casi todas ellas han sido de forma indirecta, en alguna que otra tesis doctoral o

publicación de carácter humanístico-farmacéutico. De ahí que, cuando Daniel Pacheco, presidente de la sección de Farmacia del Ateneo madrileño, me comentó su intención de revitalizar las tertulias de rebotica y me invitó a participar en una primera reunión dedicada a Álvaro Cunqueiro, lo primero que me vino a la cabeza tras avivar la memoria de la extraordinaria *Tertulia de Boticas prodigiosas* del sabio gallego, fue la necesidad de releer las visitas escritas por el farmacéutico-escritor de Navalengua y, teniendo en cuenta su “farmacopea” como manual, poder obtener algunas píldoras de elaboración propia. En eso consiste, amigo lector, la primera parte de este libro, que solo pretende ser un bosquejo histórico y literario de las tertulias de rebotica en España.

Sin embargo, la historia de las tertulias de rebotica es también muchas historias de tertulias que no han sido, o que sí han sido, pero no lo sabemos. Y para eso es condición necesaria, pero no suficiente, la nostalgia del recuerdo. Para hacer presente estas asambleas boticarias tan propicias para el encuentro entre lo real y lo ficticio hace falta echar mano de la imaginación, aunque para ello tengamos que adentrarnos en los espejos nocturnos de los sueños. Si algo nos enseña la obra de Cunqueiro es que la realidad para instalarse en lo real también debe incluir lo maravilloso (sin la imaginación la historia es imperfecta). De esto va precisamente la segunda parte del libro, acaso la más personal, aunque uno no pueda -ni quiera- despojarse de las voces de los otros y de las lecturas que lo constituyen.

Mi gratitud al profesor Francisco Javier Puerto por haberme obsequiado con las páginas de un prólogo en el que no faltan las virtudes de su singular estilo literario, conciso y fluido a un tiempo, no exento de fina retranca, puesto de manifiesto a lo largo de su ya amazónica obra, que incluye los más variados géneros literarios.

Contar con la portada y las ilustraciones interiores de un artista como Pedro Soler Valero, y que el lector pueda disfrutar de ellas, supone un gozo imposible de escribir. Pedro es uno de los últimos representantes de ese espíritu universal que apareció con Leonardo da Vinci y hoy se encuentra al borde de la extinción.

Las páginas que siguen no hubieran sido posibles sin la ayuda de José Miguel Colldefors, a quien le pedí la revisión del libro. Lector insaciable y experto zahorí para descubrir vetas literarias ocultas, su habilidad para el análisis de textos y la crítica literaria tiene la precisión de los buenos cirujanos.

Lo que el lector pueda encontrar de más valor en esta *Historia e historias prodigiosas de las tertulias de rebotica en España* se debe a ellos tres, amigos que, además, responden fielmente al espíritu del libro, pues son conversadores de trago largo y amena tertulia.

Por nuestra parte, esperamos haber sido capaces, como era nuestra intención, de seguir de la manera más fiel posible la recomendación de Fray Luis de León y que las palabras y las cosas que se han dicho por ellas sean conformes, y que lo humilde se haya dicho con llaneza, y lo grande con estilo más levantado, y lo grave con palabras y con figuras cuales convienen.

José González Núñez

Madrid, enero de 2024



Prólogo

~ LOS OTROS FARMACÉUTICOS

Al parafrasear el título de la obra de Francisco Candel, dedicada a los catalanes, tan exitosa en la segunda mitad del siglo pasado, quiero referirme a los boticarios que, en otras ocasiones, he calificado de “raros” o “de letras”, entre los cuales me incluyo.

Hay una ya larga tendencia según la cual el farmacéutico es el experto en los medicamentos, lo cual, a la larga, le convierte en un tecnólogo versado en fármacos y también en economía y administración, pero le aleja cada día más del enfermo.

A mi parecer, ni es ni debe ser así. El farmacéutico es un sanitario, empeñado en el bienestar de los seres humanos a través, fundamentalmente, de los remedios farmacológicos. En su carácter de sanitario, igual que los médicos, los enfermeros y, en cierta manera, los veterinarios, ha de empatisar con los pacientes y, por tanto, al estilo de Publio Terencio Africano, “*nada de lo humano le debe ser ajeno*”.

Las más importantes consecuencias de los seres vivos pensantes se han producido en torno a las ciencias, pero también a las humanidades, sin las cuales nada de lo existente tendría sentido, si bien las últimas se ven postergadas, día a día, tanto en los currículos de aprendizaje como en la consideración social: la filosofía, la literatura, la pintura, la música, en tanto no sean capaces de ser evaluadas en términos monetarios son desdenadas como inútiles, de la misma manera que se hace con la quincalla o los despojos.

Si nos centramos en la literatura, nos encontramos, a lo largo de los tiempos y también en la actualidad, con una legión de escritores procedentes del periodismo o de la filología, bastantes con formación legal y un número no desdeñable de médicos, pero muy pocos farmacéuticos.

Casimiro Gómez Ortega, mi predecesor en la Real Academia de la Historia, fue considerado poeta por sus contemporáneos y amigotes de la Fontana de Oro, quienes le denominaban *Botelio*. Sin embargo, su poética es la de un correcto versificador, atenido a las reglas de la métrica y de la rima, carente de cualquier otra finalidad que el halago al monarca reinante o a cada uno de sus conocidos, sobre todo si eran poderosos.

El mayor y más conocido de todos los poetas farmacéuticos, sin lugar a dudas, es León Felipe. Un personaje anárquico, entrañable y lírico en su desvalimiento atolondrado. Sin embargo, no deja de ser un epígono, importante eso sí, de Walt Whitman. Sin conocer la obra del norteamericano, la suya es de una grandeza desmesurada; conociéndola, se queda en la magnífica tarea de un gran discípulo.

A su nivel, desde la novela, aunque tal vez menos conocido, está el llorado Raúl Guerra Garrido, premio Nadal de novela, finalista al premio Planeta, premio de las letras de Castilla y León y, sobre todo, premio Nacional de las Letras. A su inmensa personalidad, afabilidad personal y capacidad literaria, Raúl añadió un ejemplo de resistencia civil ante el terrorismo, rayano en el heroísmo.

Entre los farmacéuticos escritores se puede citar también al conquense Federico Muelas, hombre de tertulias literarias e iniciativas culturales. La suya es una poética de resonancias religiosas, de angustias íntimas y de lírica descripción de su ciudad de origen. Su gran presencia social y la hiperactividad literaria le permitieron recibir importantes premios a lo largo de su vida y ser recordado, en la actualidad, con una estatua en su Cuenca natal.

Junto a él y a una altura poética similar o superior, está el poeta palentino José María Fernández Nieto, cuya rebotica, en la calle Mayor de su

ciudad, fue lugar de encuentro de intelectuales y poetas durante muchos años. Fue autor de unos veinte libros en donde cabían los temas personales y la descripción casi notarial y bellísima, en el mismo sendero de Miguel Delibes, de un mundo rural castellano en extinción. Además de obtener el Premio de las Letras de Castilla y León, fue presidente de la Asociación Española de Farmacéuticos de las Letras y las Artes (AEFLA).

Es necesario nombrar también a José Félix Olalla, asimismo presidente de AEFLA -como también lo fue Raúl Guerra Garrido-, y autor de una ya inmensa obra intimista, muy espiritual y sencilla, pese a su aparente hermetismo místico en determinados textos. Y, a su lado, Margarita Arroyo, de quien Guerra Garrido siempre ponía en valor su gran presencia intelectual entre las jóvenes promesas de la poesía, cuando ambos eran personas de poca edad.

Igualmente, merece reseña el autor de esta obra, José González Núñez, quien después o simultáneamente a una vida profesional fructífera, ha sido capaz de hacer una carrera literaria plasmada no solo en libros de humanidades médicas y farmacéuticas, sino también en colecciones de cuentos y microrrelatos, libros de viaje, investigaciones histórico-culturales, ensayos y artículos, últimamente publicados en la revista digital dedicada a la cultura: *hoyesarte.com*

Además, hay algunos otros letraheridos, entre los que también me cuento, que disculparán su ausencia de estas líneas dedicadas a presentar un libro, no a hacer un ensayo exhaustivo.

No me quedaría satisfecho, sin embargo, si no citara a uno de mis poetas de cabecera, de quien me enteré de su condición de boticario por pura casualidad. Se trata de Georg Trakl, farmacéutico militar alemán. Se suicidó tras la batalla de Grodek, en 1914, durante la Primera Guerra Mundial, al sentirse incapaz de soportar tanta tragedia humana. Autor de una obra tan breve como intensa, su libro *Sebastián en sueños y otros poemas*, forma parte del reducido número de textos que residen permanentemente sobre mi mesilla de noche.

En definitiva, un grupo francamente reducido de gentes que, además de ejercer la profesión farmacéutica, han realizado trabajos literarios de cierta entidad, algunos con absoluta excelencia.

~ LAS TERTULIAS

No creo excesivo afirmar que las tertulias son la forma popular de las academias, entre otras cosas porque la Real Academia de Medicina, como verán a continuación si leen el libro que ha tenido el autor la gentileza de hacerme prologar, procede de una tertulia de rebotica de la madrileña calle Montera.

En España ha gustado siempre mucho hablar: es una manera de socialización que no siempre tiene que ver con el diálogo. Para dialogar, ahora tan de moda, ha de estarse dispuesto a ceder parte de tus posiciones o intereses si te convencen las del otro, sea en literatura, política, bellas artes o toros. En las tertulias casi nunca se trataba de eso, sino más bien de buscar la compañía de gentes más o menos cultas o de reunir en torno a uno mismo a personas de convicciones similares para resistir u oponerse a los de otras opuestas.

La tertulia tiene bibliografía más o menos importante: Antonio Díaz-Cañabate escribió su *Historia de una tertulia*, en donde menciona las celebradas en las casas de los aristócratas durante el siglo XVIII, algunas de ellas origen del estudio de la Botánica y de la Química en nuestro país. Las famosísimas del Ateneo, concretamente en su Cacharrería, y las de los cafés, a las que asistieron Ortega y Gasset, Ramón y Cajal o José María de Cossío, que la tuvo propia. La “academia de poesía” dirigida por Manuel Machado estuvo en el despacho del director del Museo de Arte Moderno y, en el café Lyon D’Or, hubo varias, una de las cuales fue la de José Antonio Primo de Rivera. Ramón Gómez de la Serna, en *Pombo*, describe por lo menudo la actividad en la tertulia de la cual fue principal promotor y animador.

Ahora bien, un panorama general de las tertulias, de los tertulianos, de los bohemios y de la vida literaria de su época, nos la proporciona Rafael

Cansinos Assens en su monumental y póstuma: *La novela de un literato*, por cuyas páginas desfilan la mayoría de los personajes del Madrid literario, alguno de los cuales, como Alejandro Sawa, forjó su leyenda en las tabernas, el sablazo y la bohemia, igual que Pedro Luis Gálvez, también bohemio, sablista y poeta, convertido en uno de los protagonistas del terror de las checas durante la Guerra Civil y fusilado al final de la contienda. Pero no son solo esos, también nuestro admirado José Rodríguez Carracido, quien debería haber sido incluido entre los boticarios letra heridos, o Pablo Calvo Asensio y otros de los que me ocupé en *El herbario de Gutenberg*, un libro tan querido en el recuerdo y coordinado por el entrañable Raúl Guerra Garrido.

Pío Baroja, en su libro de memorias, *La última vuelta del camino*, proporciona también elementos para una posible historia de las tertulias, eso sí, con la amargura y el resquemor propios del autor en sus últimos años de vida.

Con este panorama de interés no podía faltar la dedicación a las tertulias de rebotica. José Luis Urreiztieta publicó su libro: *Las tertulias de rebotica en España. Siglos XVIII-XX*. Un texto que en los ya lejanos años en que entré en la cátedra de Historia de la Farmacia me produjo un interés enorme. Por una parte, gran atracción por el tema tratado y, por otra, bastante desconcierto porque no era un ensayo académico, sino literario, y algunas descripciones y opiniones no sabía bien de dónde las había sacado.

Algunos años antes, Álvaro Cunqueiro había publicado su *Tertulia de boticas prodigiosas y escuela de curanderos*, de la que he escrito y dicho que es la mejor Historia de la Farmacia jamás publicada, aunque no hay ni un solo elemento de verdad en toda ella; completada por las obras de su amigo Joan Perucho: *Botánica oculta o el falso Paracelso, Bestiario fantástico, Historias naturales ...*, entre otras.

A ambos intenté darles amable réplica, desde mis lecturas de textos científicos en *Medicamentos legendarios. Mito y ciencia en la terapéutica clásica*, pues consideré que, en los textos teóricamente científicos, se consignaban algunos remedios, tenidos por existentes y reales, tales como el

unicornio, la sangre de dragón y numerosas plantas, animales y seres humanos, que desbordaban la imaginación de ambos maravillosos escritores.

Más tarde, nuestro admirado Raúl Guerra tituló el libro en donde se recogían gran parte de sus contribuciones a la prensa farmacéutica: *Tertulia de Rebotica*, el mismo nombre de su habitual columna en *El Farmacéutico*.

En fin, Daniel Pacheco publicó su *Tertulia de Reboticas*, en donde se recogían las celebradas bajo su coordinación y la de Juan Manuel Reol en el Ateneo madrileño, continuadas por él solo tras el prematuro fallecimiento de Reol.

~ SOBRE LAS TERTULIAS DE REBOTICA DE JOSÉ GONZÁLEZ NÚÑEZ

Con este panorama de precedentes, parece muy arriesgado ponerse a organizar un libro, aunque sea de corta extensión y el autor lo califique de bosquejo, sobre las tertulias de rebotica. Y, sin embargo, eso es lo que ha hecho José González Nuñez con envidiable provecho.

En primer lugar, aborda un amplio panorama del desarrollo histórico de las principales tertulias celebradas en las oficinas de farmacia, en donde se recogen los más recientes saberes sobre el tema y su influjo sobre la historia institucional, política e intelectual de España, con su correspondiente bibliografía para quien se sienta tentado de seguir con otras lecturas o comprobar sus principales fuentes y, de postre, un magnífico capítulo de creación –a la cunqueiriana manera– acerca de una tertulia inexistente, pero que pudiera haber existido o que, tal vez, existió, sin que los historiadores hayamos sido capaces de detectar su presencia, como hizo el propio Cunqueiro a partir de una erudición extravagante e intensa en la que, en coincidencia con Borges, los textos reales e imaginarios se entremezclan en simbiosis literariamente perfecta.

Es este por lo tanto un libro breve, en donde se combina la historia que fue con la que podría haber sido o, quizás, hubiera sido necesario que se

produjese. Un texto en donde se funde el ensayo histórico con la literatura propiamente dicha en un ejercicio alquímico y sorprendente de madurez literaria.

Un texto, por tanto, muy recomendable para los amantes de la historia, de la literatura o, mejor, para todos los admiradores de la belleza.

Francisco Javier Puerto

Catedrático Emérito UCM

Miembro de Número de la Real Academia de la Historia

Miembro de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia



P. Soren

Tertulia y tertulias de rebotica

*La gran Historia de España pasa muchas veces por nuestras
reboticas, esos lugares mágicos en los que se cruzan y
entrese cruzan los grandes proyectos y los grandes hombres.*

Juan Manuel Reol Tejada

Las tertulias de rebotica ocupan un lugar relevante no solo en la historia de la farmacia española, sino también en la propia historia de España, por las importantes repercusiones sociales, políticas y culturales a que han dado lugar, especialmente en el período comprendido entre finales del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XX. En algunas de ellas se condensó el saber popular y los más refinados pensamientos intelectuales; en otras, se pudo establecer un diálogo fructífero entre ciencia y arte, entre historia y literatura, y, en fin, en otras, se debatió entre lo divino y lo humano, lo sagrado y lo profano, la física y la metafísica de los días vividos y los por venir.

~ ORÍGENES Y SIGNIFICADO

La palabra *tertulia* es una singularidad de la lengua española que, al parecer, entró en el idioma francés y en la lengua inglesa en el último cuarto del siglo XVIII desde nuestra geografía lingüística. Sin embargo, su origen y etimología son un misterio que sigue sin resolverse, a pesar de los variados intentos que se han realizado desde los tiempos de Antonio de Nebrija. En la actualidad, el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (DRAE) define *tertulia* en su primera acepción como: “Reunión de personas que se juntan habitualmente para conversar sobre algún

tema”, si bien da esta otra: “En los antiguos teatros de España, corredor en la parte más alta”. Por otra parte, “tertuliar” aparece con el significado de “conversar, estar de tertulia”, y tertulio, con el de “tertuliano, que participa en una tertulia”.

Según recoge Enrique Tierno Galván, a mediados del siglo XIX, cuando las tertulias vivían su momento de mayor auge, *El averiguador universal*, una publicación que ofrecía resolver cuantas dudas eruditas le plantearan sus lectores, afirmaba tras numerosas averiguaciones que nada concreto se había podido encontrar y remitía a la hipótesis según la cual la voz “tertulia” procedía de Tertuliano, padre de la iglesia del siglo I-II y autor muy citado por los clérigos del Siglo de Oro español: “... no se hallará predicador que no le interprete, doctor que no le explique, letrado que no le alegue, siguiendo este estilo mismo los profesores de todas las ciencias y artes, pues a ninguna dejó de saber, de enseñar y de decir Tertuliano” (Joseph Pellicer).

Asimismo, en el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (1954), Joan Corominas, asegura que no se sabe el origen del término, pero considera verosímil la explicación que ofrece el estudioso Adolf Friedrich von Schack en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España* (1846): “El nombre *tertulia* aparece hacia la mitad del siglo XVII y sale desde entonces frecuentemente en las obras teatrales. Así se llamaban los palcos del piso alto, que antes habían llevado el nombre de *desvanes*, y en los cuales se sentaba sobre todo el público educado y la gente de Iglesia. Entonces estaba de moda estudiar a Tertuliano, y los sacerdotes en particular tenían la costumbre de adornar sus sermones con citas de sus obras, por lo cual se les dio humorísticamente el nombre de *tertuliantes*, y a su lugar el de *tertulia*. De estos palcos, a los cuales ya anteriormente se había dado el nombre honorífico de *desvanes eruditos*, salían los dictámenes a los que el autor reconocía más fuerza, como procedentes de hombres entendidos”. El gran filólogo catalán también sugería un juego de palabras que se hacía con el nombre *Tertullius*, que podía ser leído como *ter Tullius* (el que vale tres veces más que Tulio, o sea, Cicerón), juego originado en la corrupción del pasaje de un texto de San Agustín en el que *philosophaster Tullios* fue

convertido, por error o por broma, en *philosophus ter Tullius*. En nuestros días, el poeta y ensayista mexicano Gabriel Zaid considera que *ter*, aparte de estar relacionado con Tertuliano y otros nombres derivados que los romanos utilizaban para indicar el orden de nacimiento de sus hijos (Tercio, Tertulio...), puede designar al tercer y último piso de algunos teatros y salas de espectáculos, mientras que su compatriota José de la Colina, consideraba a la tertulia como “un espontáneo simposio con más palabras que ideas, más chistes que teorías, más chismes que eruditeces, más ratos de fiesta que de discordia...”.

La documentación más antigua acerca de *tertulia* que encontró Coroninas está en un entremés de Luis Quiñones de Benavente, en la que se hace referencia a la misma en el sentido de una parte del teatro. Poco tiempo después, Luis Ulloa Pereira utilizó en plural la palabra *tertuliano*: “Y entraron los tertulianos/ Rigidísimos jueces,/ Que sedientos de Aganipe / Se enjuagan pero no beben”. En *La fascinante historia de las palabras*, Ricardo Soca extrae un texto de finales del siglo XVII del padre Diego Calleja: “...los que por alusivo gracejo llamamos *tertulios*, que sin haber cursado por destino las Facultades, con su mucho ingenio y alguna aplicación suelen hacer, no en vano, muy buen juicio de todo”, mientras que en el prólogo a una de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz encuentra el hispanista francés Marcel Bataillon la palabra *tertuliano* en el sentido de contertulio, cosa nada extraña si se tiene en cuenta la querencia de la poeta del conocimiento por las tertulias, en las cuales no es difícil imaginar que dejaría patente el propósito señalado por el premio Nobel Octavio Paz: “Una monja díscola que quiere pensar y enseñar a otras mujeres las ciencias terrestres como condición para que puedan acceder a las celestes”. Por tanto, parece claro que el vocablo, que todavía no aparece en el *Tesoro de la lengua castellana o española*, de Sebastián de Covarrubias (1611), estaba ya difundido poco tiempo después del nacimiento del Barroco para designar a un grupo de opinantes menos encorsetado que el de las llamadas “academias” de su tiempo, aunque su presencia en los textos literarios fuera todavía escasa.

El *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española (1726-1739) da tres acepciones de la palabra *tertulia*: 1. “La junta voluntaria o

congreso de hombres discretos para discurrir en alguna materia. Algunos dicen *tertulea*"; 2. "Se llama también la junta de amigos y familiares para conversación, juego y otras diversiones honestas"; 3. "En los corrales de comedias de Madrid, es un corredor en la fachada frontera al teatro superior, y más alto a todos los aposentos". Como sinónimo de la voz tertulia, en los textos del siglo XVIII encontramos palabras como visita, junta, asamblea, estrado, academia y concurrencia. Uno de los más firmes defensores de las tertulias, no solo como elemento de integración social y modo de combatir la ignorancia y el despotismo, sino incluso como herramienta educativa, fue Gaspar Melchor de Jovellanos, quien pone de manifiesto la estrecha relación de la tertulia con el programa de la Ilustración y defiende estos "espacios llenos de vida y alegría" frente a los censores a los que les gustaría poner gafetes o bridas de regaño a los tertuliantes: "¿Qué barreras podrán cerrar las avenidas de la luz y la ilustración?".

En cambio, el erudito Benito Jerónimo Feijóo utiliza el término "tertulio" con un cierto matiz irónico: "miserable de mí por no haber padecido la desgracia de caer en manos de unos tertulios despiadados", participando así de la animadversión que a lo largo del siglo XVIII una parte de la población tuvo hacia las tertulias y los tertuliantes, que fue creciendo paralelamente al incremento de las mismas, aunque también hubo quien llegó a considerar la tertulia como uno de los signos de las "luces" aportadas por la Ilustración. José Cadalso dice que se llama *tertulia* a "cierto número de personas que concurren con frecuencia a una conversación", pero tuvo una actitud un tanto ambivalente frente a ella: junto a su consideración de que las tertulias contribuyen a hacer al hombre cada día más sociable y de que "el continuo trato y franqueza descubre mutuamente los corazones de los unos a los otros", no dejó de satirizar sobre la falsa sabiduría de los pedantes que sin siquiera leer quieren opinar de todo y lo hacen con pretensiones, así como critica la "confusión de voces" existente muchas veces en las mismas. Por su parte, el dramaturgo Ramón de la Cruz pone en boca de uno de sus personajes una tibia defensa de la tertulia como diversión casera, aproximándola más a la "academia" que al "salón". En cualquier caso, a lo largo del siglo XVIII existió la opinión, bastante generalizada, de

que estas “academias caseras” eran centros de murmuración y envidias, de circulación de rumores, pero que en ellas se podía pasar un rato divertido, al tiempo que cada cual podía añadir nuevos conocimientos a su personal fardo de saberes, aun cuando la finalidad de estas reuniones estuviera alejada de encontrar la manera de cómo le damos sentido al mundo, elevado propósito en el que andaban enfrascados el Círculo de Jena y distintos “salones” de intelectuales europeos.

A lo largo de la primera mitad del siglo XIX las tertulias se generalizaron y durante la segunda parte del mismo y primeras décadas del siglo XX llegaron a su plenitud y dieron lugar a una importante literatura acerca del tema, a pesar de que personajes, como el polifacético Francisco de Paula Mellado, las rechazara abiertamente, acusándolas de “reuniones ociosas”. Aunque las tertulias proliferaron por todas partes (las había con sede fija o itinerante, improvisadas, de ocasión o planificadas) fueron las tertulias de café y casino, así como las de algunas instituciones de amigable refugio, como las del Ateneo madrileño (*La Cacharrería*), las que adquirieron mayor fama y se nutrieron del pensamiento de importantes intelectuales, literatos, artistas, políticos y “grandes enviciados de la conversación”. Fueron punto de reunión en donde se daba cuenta de las novedades buenas y malas, circulaban tanto las noticias verdaderas como falsas que compensaban la sequía informativa general, se discutía de arte y ciencia, de filosofía y religión, de política y toros, de poesía y teatro, de greguerías y aforismos, de narrativa corta y larga, de guerra y paz ..., y, desde luego, se creaba opinión. Parecía que casi toda la vida nacional se fraguaba en las tertulias, que lanzaban sus fueros en múltiples direcciones (Antonio Espina, *Las tertulias de Madrid*).

Después de la Guerra Civil, o mejor, Incivil, las tertulias sobrevivieron a duras penas y de un modo más errante, si bien algunas de las pocas tertulias estables, como la del Café Gijón madrileño, adquirieron una gran relevancia y popularidad, llegando incluso a convertirse en trasunto literario. No obstante, a nivel popular, antes de la llegada de la televisión, las gentes se reunían para contarse cuentos y leyendas, sucedidos e historias particulares, alrededor de una mesa camilla o de un brasero, al “amor de la lum-

bre”, como sucedía en los famosos *filandones*, que tan bien han divulgado en nuestros días Luis Mateo Diez, José María Merino y Juan Pedro Aparicio, o al charloeo llevado a cabo al fresco de la luna lunera mediterránea, bastante menos conocido. El desarrollo de los medios audiovisuales y el avance tecnológico han traído consigo otras nuevas formas de tertulia que nada o poco tienen que ver con las de antaño.

En cuanto a la palabra *rebotica*, el DRAE la define así: “Habitación que está detrás de la principal de una botica y que le sirve de desahogo”. Por su parte, botica con su significado de “oficina o tienda en que se hacen y venden las medicinas y remedios para la curación”, según el Diccionario de Autoridades, viene del griego bizantino *apotheka*: “almacén o depósito de mercaderías”, siendo el derivado latino *apotheca* el que se transformó en el término castellano “bodega”. Seguramente, la más antigua referencia literaria de botica es la que aparece en la primera versión castellana de los cuentos de *Calila y Dimna* (s. XIII), aunque en esa época el vocablo se refería a una tienda: “Y, luego, cuando fue de día, vinieron él y su compañero, ambos dos, a la botica” (el texto hace referencia a dos amigos especieros). Sebastián de Covarrubias dice que botica es “la tienda del boticario”, que es el que vende las drogas y medicinas, y se llama así por razón de tenerlas en botes, donde se conservan los ungüentos, los olores, los electuarios y conservas y drogas o especies, que por esto el toscano los llama especiarios (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1616).

Por tanto, la rebotica era la pieza o cuarto (trastienda), situada generalmente en la parte trasera de la botica, que servía de desahogo o ensanche a la habitación principal, en donde se dispensaban los medicamentos y se atendía al público. Se trataba de un espacio privado del boticario, destinado a distintas funciones y en donde tenían lugar la mayoría de las veces las llamadas *tertulias de rebotica*, definidas por Raúl Guerra Garrido (*El herbario de Gutenberg*) como: “encuentro social con vocación de ingenio literario y conspiración política” y también como “lugares para la curiosidad, que es el motor de la creatividad y de la ciencia”. Según cuenta José Luis Urreiztieta en su impagable libro *Las tertulias de rebotica en España. Siglos XVIII-XX* (1985), en ellas se comentaban los últimos descubrimientos

científicos, especialmente los referentes a la medicina o a la química, se fomentaban charlas políticas y literarias, se debatían los más variados y pintorescos temas y, en ocasiones, se trataba simplemente de pasar el rato jugando al ajedrez o a variadas partidas de cartas, como la brisca, al tute, al tresillo y las siete y media. En el prólogo a la citada obra, el profesor Tierno Galván reflexiona sobre estas singulares reuniones: “Entre el ruido de los morteros y el tintineo de las probetas se hizo parte de la historia de España contemporánea con el carácter casi de secreto o al menos de particularidad no compartida ni difundida a no ser entre unos pocos por lo común notables. Diferéncianse así las reuniones de las reboticas tanto de las tertulias comunes de café, abiertas y públicas, en las que la cohibición predomina sobre el recato, como de las que se forman en los casinos provincianos en los que la murmuración despiadada y la ausencia de preparación intelectual son las notas diferenciadoras”.

Urreiztieta, que tuvo botica y tertulia en Navaluenga, el placentero pueblo abulense situado en el valle del río Alberche, fue el impulsor de la Asociación Española de Farmacéuticos de las Letras y las Artes (AEFLA) hace 50 años, señala la aparición y desarrollo de las tertulias de rebotica en el siglo XVIII, en una época propicia a toda clase de tertulias: salones, cafés, librerías, ateneos, etc., aunque esto no quiere decir que no las hubiese antes, especialmente durante la etapa de la farmacia árabe, como muestra la iconografía de algunas de las obras más representativas que han llegado hasta nosotros. Su período más floreciente se manifestó a lo largo de la segunda parte del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Paradójicamente, la etapa de expansión de las tertulias de rebotica se produjo en el período en el que la antigua botica se fue transformando en la farmacia moderna y la fórmula oficial en producto industrial, a partir de la revolución científica que supuso el aislamiento de los principios activos de las plantas y la síntesis química de otros fármacos, lo que conllevó el paso del remedio secreto al específico primero y a la especialidad farmacéutica, después. Es la época en la que el boticario de formación gremial se convierte en farmacéutico universitario, estructurándose tanto los estudios de licenciatura como de doctorado. No obstante, en todo momento, las

tertulias de rebotica mantuvieron su nombre inicial, a pesar de la paulatina desaparición de la propia palabra botica, seguramente porque, como señalaba el poeta Gerardo Diego, el prefijo “re”, que tan bien viene para designar la trastienda o rincón de tertulia de botica, le viene muy mal a la farmacia: “no, no se puede decir *refarmacia*”.

~ LA EXPERIENCIA DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX

Desde su nacimiento, las tertulias de rebotica tuvieron unas características propias que las distinguieron de las demás, tanto por el lugar en donde tenían lugar, mayoritariamente en el misterioso recinto donde el boticario también fabricaba sus fórmulas magistrales, “según arte”, como por el hecho de que, entre sus contertulios, había una presencia significativa de profesionales sanitarios, proclives no solo a comentar acontecimientos singulares o las turbulencias políticas del día, sino también a debatir los avances de la ciencia, a exponer sus puntos de vista acerca de las nuevas teorías científicas que se iban abriendo paso o a proporcionar consejos para prevenir, aliviar o curar enfermedades, a pesar del escepticismo de algunos, como el ilustrado Benito Jerónimo Feijóo: “El mejor remedio que tiene la Medicina es el que menos se usa..., no los cordiales que venden en la botica, en los cuales tengo yo poquíssima confianza, sino otros cuya virtud es infalible, pues nos lo está demostrando la naturaleza a cada paso; todo lo que alegra el ánimo y refocila el corazón es cordial; y alegra el ánimo todo lo que es gustoso y grato al sujeto”. Pero es que el padre Feijóo era un gran conocedor del *Libro de los Proverbios* y su imbatible recomendación de que el corazón alegre es buen remedio y hace buena cara, pero la pena del corazón abate el alma, y el espíritu abatido seca los huesos.

Para la farmacéutica M^a Dolores Olmo, el origen de las tertulias de rebotica podría estar en las reuniones llevadas a cabo en las antiguas especierías italianas, mientras que Juan Torres Fontes las sitúa ya en nuestro país en la Baja Edad Media, quizás primero como un divertimento o para llevar a cabo juegos sencillos y, luego, como excusa para degustar una deliciosa merienda o explayarse en una entretenida cháchara acerca de los

más curiosos sucedidos o temas de actualidad. Más tarde, adquirieron un carácter más culto y el debate político llegó a ocupar un papel relevante, llegando a considerarse la rebotica como uno de los lugares de parlamento constante acerca de los avatares de la nación e incluso del mundo entero.

Según dice la académica Rosa Basante, en la Botica de la Reina Madre, que había abierto sus puertas a mediados del siglo XVI, originariamente en la calle Sacramento y luego en el número 59 de la actual calle Mayor de Madrid (justo al lado vivió y murió Pedro Calderón de la Barca), existió una tertulia por lo menos desde los tiempos de Isabel de Farnesio (a quien se debe el nombre del establecimiento) y Felipe V: “Al parecer en la rebotica se celebraban tertulias con personajes ilustres del mundo de la política y la literatura”, aunque, según comentario de José María Moreno, miembro de una generación de propietarios decimonónicos del establecimiento, el origen de la tertulia podría remontarse casi al del nacimiento de la botica: “por los años de mil quinientos sesenta y tantos, ya era la botica el centro de reuniones de todos los nobles de la Villa y Corte de Madrid y en esos tiempos figuraba entonces como dueño un tal Cayetano García de la Almudena”. Además, comenta la posible existencia de un túnel que conectaba directamente con el Palacio Real para el suministro de medicamentos a los reyes, aunque en el interior del Palacio estaba establecida la propia botica real. La actividad de la botica no se vio interrumpida ni siquiera cuando fue derruido el antiguo edificio en 1914 para construir el actual, ya que durante este tiempo se trasladó a un local de la casa de enfrente. Tampoco el eco salido de su rebotica acerca de los acontecimientos ocurridos en la villa y corte.

Para Basante, boticas y reboticas, eran “obligado lugar de encuentro, templo de profesionales e intelectuales comprometidos con sus ideales y con la sociedad, amenas y acaloradas tertulias, recónditas reboticas, templos sagrados, con olores y colores que embriagaban a los que allí se congregaban, personas con diferentes inquietudes cuyo nexo de unión era debatir en libertad, fomentando la participación y la opinión en cualquier tema por banal que pudiera parecer”.

En 1733, José Hortega, uno de los boticarios más influyentes del siglo XVIII, instaló su farmacia en el número 19 de la madrileña calle Montera. El local constaba de un sótano, de botica, rebotica, laboratorio y almacén en la planta baja y de una extraordinaria biblioteca en el piso superior, en donde se creó una de las tertulias más celebradas de la época, por reunir a personajes ilustres del Siglo de las Luces, tertulianos que, en su mayor parte, eran profesionales de la medicina, la cirugía, la farmacia o la botánica y eran defensores de las ideas reformistas. Entre sus paredes nació la Tertulia Literaria Médica Matritense, que sería el origen de la Academia Médica Matritense (1734), actual Real Academia Nacional de Medicina. Con el tiempo, Hortega sería nombrado Boticario Mayor de los Reales Ejércitos y director del Jardín Botánico madrileño. Legó la farmacia a su sobrino Casimiro Gómez Ortega, quien, además, fue el encargado de trasladar el Jardín Botánico desde las afueras de Madrid a su actual ubicación en el Paseo del Prado y fue el responsable de organizar varias de las expediciones botánicas al Nuevo Mundo durante el período ilustrado. Sin embargo, imbuido de una cierta vocación poética, Casimiro Gómez Ortega prefirió frecuentar la tertulia literaria de la Fonda de San Sebastián, a la que acudían, entre otros, Francisco Cerdá, Vicente de los Ríos, Ignacio López de Ayala, José Cadalso, Tomás de Iriarte y Leandro Fernández Moratín.

Por su parte, los antecedentes de la Academia de Ciencias Naturales y de las Artes de Barcelona (1764) habría que buscarlos en las provechosas conversaciones entre profesionales sanitarios y otras gentes de muy diversa procedencia científica y artística de la rebotica, convertida en una “pequeña universidad libre”, de Francisco Sala, quien había heredado la farmacia de su padre Antonio Sala. Antes, fueron famosas en la ciudad condal las tertulias de rebotica, con carácter cosmopolita, mantenidas por Jaume Salvador Pedrol y, más tarde, por su hijo Josep Salvador Riera en su botica del Carrer Ample de Barcelona desde los primeros años del siglo XVIII.

Tal y como cuenta Ángel del Valle, aunque su existencia viniera de más atrás, es a finales del siglo XVIII cuando se generaliza la expresión *tertulia de rebotica*, “cuando en cada pueblo de relativa importancia había el co-

rrespondiente boticario, hombre de enciclopédico saber, depositario de los avances científicos de su tiempo en cuanto atañía a las ciencias naturales y proclive a la conversación, la disertación y el chismorreo tertuliano". A partir de la Ilustración y la difusión de las ideas de la Revolución francesa, las tertulias de rebotica se convirtieron en "foro y faro de cultura", pero también en reflejo de un siglo ávido de progreso científico y prolífico en convulsos acontecimientos políticos.

A lo largo del llamado "siglo de las ilusiones" florecieron las tertulias de rebotica no solo en ciudades como Madrid o Barcelona, sino también en las capitales de provincia, y aun en el medio rural, sembrándolas de ideas y debate. El farmacéutico solía dirigir la reunión y moderar a los distintos contertulios en sus opiniones acerca de lo propio y de lo ajeno y de las que, a veces, surgían interesantes iniciativas científicas, propuestas culturales o actividades sociales, pero casi nunca negocios. Sin embargo, ¡ay, sin embargo!, las tertulias de rebotica, como las tertulias en general, no pudieron librarse del intervencionismo gubernamental, bien a través de las puñetas de la justicia ordinaria o de las garras de la Inquisición, que siguió haciendo su papel censor de estos "lugares de perdición", que daban cabida a heterodoxias religiosas, políticas o filosóficas, así como a "conductas disolutas", hasta su definitiva abolición en 1834.

En Madrid, en la farmacia de Quintín Chiarlone, situada en los Caños del Peral (junto a la plaza de la Ópera), se reunían alrededor de una mesa camilla para analizar, entre otras muchas cosas, las revueltas políticas del momento, personalidades de corte progresista, como: Pedro Calvo Asensio, farmacéutico, congresista y escritor, fundador de *El restaurador farmacéutico* y del periódico *La Iberia*, órgano portavoz del liberalismo progresista y, según Benito Pérez Galdós, su verdadera farmacia, "desde la que administró a su país enérgicas drogas tónicas"; Salustiano de Olózaga, que llegó a ser Presidente del Consejo de Ministros y que también acudía, de cuando en cuando, junto a Modesto Lafuente, Fermín Caballero y otros contertulios, a las reuniones de la Botica de la reina Madre que organizaba Benito Moreno; Martín de los Heros, que ostentó diversos cargos políticos, y Pascual Madoz, creador del famoso *Diccionario geográfico*.

fico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar (1850) y destacado político (Presidente de las Cortes y Ministro de Hacienda del gobierno de Baldomero Espartero). El propio Chiarlone dejaba este testimonio de la influencia política de su tertulia: “Se comentaba que en mi rebotica se fraguaron algunas conspiraciones, anunciando el levantamiento revolucionario de 1868; algo de eso sí que hubo, pero no tanto como algunos aseguran”.

La botica de Antonio Moreno Bote, situada en la Carrera de San Jerónimo, fue famosa por sus debates taurinos y, además de otras relevantes personalidades, su tertulia acogía al gran torero Pedro Torres cada vez que viajaba a Madrid. En el número 39 de la calle San Bernardo estuvo ubicada desde finales del siglo XVIII una de las farmacias más interesantes de Madrid, no solo por su estilo barroco, sino también por la personalidad de algunos de sus propietarios y porque durante largo tiempo acogió tertulias, como la que mantuvo Juan Chicote entre 1860 y 1880, en la que se producían sesudos debates acerca de los beneficios reales o imaginarios de la homeopatía y de los caminos futuros de la medicina y la farmacia, pero también enriquecedoras discusiones acerca de las frecuentes novedades literarias y los estrenos teatrales de aquellos años, así como de los cambiantes horizontes políticos que se iban presentando. Por su parte, los catalanes Félix Borrell Font y su hijo Félix Borrell Vidal (además de farmacéutico, fue un pintor destacado) mantuvieron abierta durante décadas la farmacia de *La Bola verde*, en la Puerta del Sol, cuya rebotica fue un gran alambique de ciencia, música, tauromaquia y vanguardias artísticas.

En cambio, fue en Barcelona donde el boticario Félix Giró instaló, en la calle del Conde de Asalto, una tertulia con aires de “academia”, que reunió entre 1840 y 1850 lo más granado de la intelectualidad barcelonesa; algunos de sus contertulios formaban parte del grupo creador del movimiento literario conocido como Renaixença, próximo al romanticismo y cuyo objetivo principal era la reivindicación de la lengua catalana, pero, como no podía ser de otra manera, había de todo, como en la propia botica, y, en aquellos años de agitaciones sociales, la cháchara se nutrió de debates políticos, como también lo haría la tertulia organizada por Jacinto Bofill, en

la Plaza de San Agustín el Viejo, que se prolongaba hasta bastante después de la hora de cierre de la farmacia.

En Santiago de Compostela, a principios de la centuria (1804-1822), el destacado boticario Julián Francisco Suárez Freire tenía organizada en su farmacia de la Plaza de la Paja, en ángulo con Preguntoiro, una tertulia conocida como “la esquina del combate” por su talante libre pensador y sus propuestas liberales, en la que además de su amigo, el célebre matemático José Rodríguez González, concurrían profesores y estudiantes universitarios, sanitarios, profesionales liberales, artistas y clérigos locales, más o menos ilustrados. No muy lejos de allí, en Pontevedra, gozó de una enorme popularidad la farmacia que Perfecto Feijóo instaló en 1880 en la plaza de la Peregrina; en este caso, la tertulia se organizaba en un banco de piedra, situado al lado de la puerta de entrada. Por la rebotica de Feijóo, apasionado galleguista y entusiasta aficionado a la música, desfilaron numerosas personalidades del mundo de la política y de la cultura, tanto de Galicia como de fuera de ella: el general Francisco Serrano, Eugenio Montero Ríos, Práxedes Mateo Sagasta, Emilia Pardo Bazán, Emilio Castelar, Ramón María del Valle Inclán, María Guerrero, Rosario Pino... Al parecer, algunas de estas personas aprovechaban sus estancias en el cercano balneario de Mondariz para dejarse ver por la botica y participar en las tertulias organizadas por el farmacéutico y en las que, con el tiempo, adquirió un gran protagonismo el loro Ravachol, al que se le atribuyen hechos y comentarios de gran ingenio: entre otras cosas, avisaba al boticario de los clientes cuando éste se iba a la trastienda, bajo el grito de “*Don Perfeuto, parroquia*”, y solía advertir a los visitantes de que “*aquí non se fía*”.

Si nos trasladamos a Andalucía, encontraremos la dinastía de los Campelo, destacados farmacéuticos en la Sevilla decimonónica. Varios de sus miembros tuvieron botica en distintas calles de la ciudad, siendo la más legendaria la de Gabriel Campelo Romo, quien, primero, estableció oficina de farmacia en la calle San Pablo, en una finca propiedad del cartujano Monasterio de Santa María de las Cuevas, que posteriormente cedería a su hermano Juan, trasladándose él a otra en la calle Venera, que pronto adquirió nombradía por su prestigio y respetabilidad. Las inquietudes

científicas y sociales de Gabriel Campelo, que fue catedrático del Colegio de San Antonio, le llevaron a formar una afamada tertulia en su rebotica, que fue punto de encuentro de muchos médicos y profesionales sanitarios e intelectuales de la sociedad sevillana y de la que incluso se hizo eco el famoso escritor y viajero inglés Richard Ford en *Cosas de España: el país de los imprevistos* (1846).

En tierras de Levante, el escritor y farmacéutico Enrique Ribés Sangüesa se hizo cargo a principios del siglo XX de la farmacia de su padre en Castellón y, en ella, instituyó una interesante tertulia de rebotica a la que asistían artistas plásticos, escritores, políticos e intelectuales; en Valencia, era muy conocida la tertulia situada en la calle de las Barcas, a la que acudían médicos, abogados y farmacéuticos, y a la que se unió el premio Nobel Santiago Ramón y Cajal durante su estancia en la capital del Turia, como catedrático de Anatomía en la Facultad de Medicina (1882-1887).

Por cierto que, en sus *Charlas de Café*, publicado en su primera edición (1920) como *Chácharas de café*, y en el que seguramente influyó la tertulia que mantuvo durante años en el Café Suizo tras su vuelta a Madrid, Cajal llegó a afirmar que nada hay más semejante a una biblioteca que una botica: “Si en las estanterías farmacéuticas se guardan los remedios contra las enfermedades del cuerpo, en los anaqueles de las librerías se encierran los específicos reclamados por las dolencias del ánimo./ Por tanto, la biblioteca del escritor debe ofrecernos, en armonía con el estado de nuestro espíritu, libros fúnebres que hagan llorar, como la *pilocarpina*; libros que hagan reír y delirar, como el *alcohol* y el *haschisch* (fase de delirio hilarante); libros sedantes, como el *veronal* y el *bromuro de potasio*; libros analgésicos, como la *cocaína* y la *morfina*; libros tonificantes, como los *preparados de hierro*, y hasta libros de pura broza, ganga y relleno, como la *vaselina* y el *cerato simple*. No sonría el lector demasiado severo o desdeñoso: tales insulsas obras nos enseñan a apreciar por contraste las producciones maestras del ingenio, con la ventaja de proporcionarnos, leídas después de cenar, y a pequeños sorbos (naturalmente), el sueño más fisiológico, profundo y reparador que se conoce”. En páginas anteriores

res, en un capítulo dedicado la conversación, la polémica, las opiniones y la oratoria, Cajal hace una auténtica alabanza de la tertulia: “La verdadera característica del hombre discreto no consiste en *hablar*, y menos en *charlar*, sino en *conversar*. En las tertulias cultas satisfacemos nobles curiosidades; cambiamos ideas por ideas; corregimos juicios precipitados; hallamos consejos en los negocios arduos, estímulo para las buenas obras, consuelo en los sinsabores y, por encima de todo, ejercitamos la totalidad de nuestro mecanismo mental, algunos de cuyos rodajes tienden a atrofiarse a causa del desuso impuesto por el especialismo profesional”. Y, en otra de sus deliciosas páginas, confiesa que “Mi botica espiritual son los 10.000 volúmenes de mi biblioteca. Allí encuentro antídotos contra la desesperación, el dolor, la tristeza y el tedio”.

M^a Dolores Olmo en su trabajo de tesis doctoral ofrece un retablo de las tertulias que encontraron refugio en las boticas de la provincia de Murcia y afirma que la farmacia de Eduardo Pico en Cartagena, un entusiasta progresista, fue un auténtico centro de conspiración entre reconocidos liberales, que contribuyeron al triunfo de la Revolución de Septiembre de 1868, conocida como *La Gloriosa*, y que de la animada rebotica de la farmacia de Ignacio Rubio, en la plaza de san Antolín de Murcia, salió la primera idea de la celebración del popular “entierro de la sardina”.

En cuanto a las farmacias rurales, Fernando Moldenhauer Gea hace esta interesante descripción de la farmacia fundada en el pueblo de Garrucha (Almería), en 1860, por su abuelo J. Ferdinand Moldenhauer Strecker, químico y farmacéutico de origen alemán, sobrino de Justus von Liebig: “En la Botica, detrás del mostrador, había una mesa de mármol que se utilizaba para la preparación de toda clase de fórmulas: aguas, pomadas, jarabes, píldoras, papeles, etc. La mesa tenía una balanza con una caja de pesas para pesar los componentes de las prescripciones (...). Dos puertas en arco comunicaban la botica con la rebotica, colgado de dichos arcos había jaulas con sus correspondientes colorines (...); allí estaban almacenados en lejas todos los tarros de pomada y aguas diversas (de rosas, de azahar, etc.), y en cajones inferiores toda clase de hierbas medicinales como el ruibarbo, la adormidera, y tantas y tantas raíces con su nombre en latín

en el frontal de los cajones. Un lavabo con palangana toalla y botijo y un armario donde estaban clasificadas por tamaños las cajas de madera para despachar las pomadas y demás medicamentos, completaban la rebotica. También había una prensa donde se prensaban hojas y flores (de rosas, de azahar, etc.) para preparar las aguas". Por su parte, distintas generaciones de la familia Gabilondo a lo largo del siglo XIX (también del XX) mantuvieron sin cerrar las puertas de su farmacia y de su rebotica en Bermeo (Vizcaya), abiertas por primera vez a finales del siglo XVIII (Arantza Saratxaga). Y, en la botica de Guisona (Lérida), refiere Urreiztieta que se organizaban tertulias alrededor de una mesa camilla, en las que el tema central era la frenología, disciplina muy en boga en las primeras décadas del siglo XIX por la que se sentían atraídos el farmacéutico y el médico del pueblo, que trataba de relacionar el carácter y los rasgos de la personalidad, incluso las tendencias criminales, con la forma del cráneo y las facciones.

Entrados en el siglo XX, el gran Antonio Mingote mostraba así su recuerdo de la botica de Manuel Gil, en Daroca, el pueblo aragonés en donde el humorista y académico pasó su infancia: "Recuerdo, sobre todo, el olor de aquella farmacia y del patio donde jugábamos, un olor penetrante y amable a un tiempo, olor de embrocación y nardos, con ráfagas de poderoso quitamanchas y madalena mojada en chocolate al limón, un olor consolador y tierno de algo en lo que se podía confiar, el olor, en fin, del remedio para nuestros males (...). Lástima que ya no tengan rebotica (...), remansos de cordialidad y diálogo, de paz en el trabajo. ¡Quién pillara una rebotica en este tiempo vertiginoso y fugaz!".

Como curiosidades literarias, cabe comentar que, en *Las tormentas del 48* (novela perteneciente a la cuarta serie de *Los Episodios Nacionales*), Benito Pérez Galdós describe una farmacia de Sigüenza, situada en la parte baja de la casa familiar de José García Fajardo, en la angosta, pero comercial calle Travesaña: "En los bajos hay un alquilado para botica, la cual creo yo que radica en aquel sitio desde que vino a España el primer boticario, traído quizás por Protógenes, obispo fundador de nuestra diócesis. Ahora la regenta un tal Cuevas, hombre muy entendido en su oficio, y es centro de reunión o mentidero de cuantos en el pueblo discurren con más

o menos tino de la cosa pública./ Seis o siete sujetos calificados clavan allí sus posaderas en sendas sillas toda la tarde y a prima noche...”.

Por su parte, Emilia Pardo Bazán cuenta en *El Cisne de Vilamorta* (1885) que los centros de reunión más frecuentados de esta población gallega durante los primeros tiempos de la Restauración eran dos boticas, la de doña Eufrasia, situada en la plaza, y la de Agonde, en la mejor calle. En la botica de Agonde, liberal e ilustrada, que además de los debates acogía animadas partidas de tresillo, se decía de la otra botica, que acogía contertulios de tinte reaccionario, que era un foco de perpetuas conspiraciones, calificando a sus integrantes de “lechuzas”, y según la botica reaccionaria, era la de Agonde punto de cita para los masones y centro de difusión de libelos, al tiempo que los tertulianos que allí se reunían daban a sus contrincantes el nombre de “socios del Casino de la Timba”.

Finalizando la centuria decimonónica, el dramaturgo y periodista Vital Aza estrenaría en el teatro Lara de Madrid el sainete en prosa *La rebotica*. La tertulia la mantienen Bernardino y Restituta, un matrimonio de boticarios, con gran entusiasmo por parte de la mujer, siempre dispuesta a ofrecer bizcochos, chocolate o un buen jerez a los contertulios, y con más trágala que otra cosa por parte de él, que siempre suele perder al tresillo, en beneficio del cura: “Eso de aguantar todas las noches aquí al juez y a la jueza, y al registrador y a su hermana, y al cura y ... ial demonio! es cosa que me aburre soberanamente”. Por ese mismo tiempo, Ricardo de la Vega y Tomás Bretón estrenaban la zarzuela *La Verbena de la Paloma*, que tenía por subtítulo *El boticario y las chulapas o celos mal reprimidos*, con el personaje de don Hilarión como protagonista con sus coqueteos con “una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid”, y su mentalidad derivada del progreso positivista: “Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad”.

Josep Pla, en un relato que lleva por título *Nuestra autóctona manera de ser*, hace la siguiente descripción de la farmacia de José Gich en Palafrugell, su pueblo natal, a principios del siglo pasado: “Era exactamente un establecimiento ochocentista, un poco agarbanzado y mortecino, con una

característica que se me ha quedado grabada en la memoria: en la farmacia había una luz bellísima. A ambos lados de la puerta de entrada había dos grandes cristales de aparador sobre los cuales colgaban dos estores de tela verdosa –de un verde evaporado y desvaído– que tenían, vagamente pintadas, las clásicas serpientes emergiendo de un objeto que parecía un reverbero: los símbolos de la antigua farmacopea”. A continuación, señala que en la rebotica se formaba una interesante tertulia de corte liberal: “La tertulia del boticario fue esencialmente una tertulia política, pero ello no quiere decir que sus componentes no aprovecharan los días de lluvia o trámuntana para organizar largos y magníficos tresillos. Cuando esto sucedía se mandaba recado a un viejo cura del pueblo, gran persona, de más estofados que latines, porque aquellos hombres eran tan liberales que siempre contaron con el clero”.

~ REALIDAD Y FICCIÓN DE LAS TERTULIAS DE REBOTICA EN LA GENERACIÓN DEL 98

Antes del estallido de la Guerra del 36, las tertulias de rebotica se habían extendido a lo largo y ancho de toda la geografía española y, de alguna manera, puede afirmarse que no había farmacia que no tuviera su clientela... y su reunión. Son, al decir de Raúl Guerra, “años herederos de *monsieur Homais y don Hilarión*”. Sin embargo, con la transformación de las boticas tradicionales en las modernas oficinas de farmacia, las tertulias de rebotica comenzaron a perder paulatinamente su vitalidad. El granadino José Castro Serrano, médico de formación, escritor de vocación y periodista de profesión, nos da cuenta en *La serpiente enroscada*, publicada por primera vez en 1890 en la revista *La Ilustración española* y, posteriormente, como libro independiente en 1914, de dicha transformación. Este es el diálogo que mantiene el boticario Cenón Barrientos con Manuel, uno de sus ayudantes, que había quedado al cargo de la farmacia al jubilarse aquél: “¡Mercancía! ¡Qué groseras palabras has aprendido desde que me

marché! Llamas mercancía al producto de la ciencia humana, destinado al alivio de nuestros semejantes. ¡Mercader el boticario, cuando tiene tanto de sacerdote! Pero sí, tienes tú razón: vosotros los modernos queréis hacer de la farmacia tienda de ultramarinos, y sois capaces de convertir la iglesia en horchatería. Ya no se manipula en el laboratorio, sino que se traen las medicinas hechas de la fábrica. ¡Pobres enfermos!".

Poco a poco, los farmacéuticos dejaron de preparar los medicamentos que antes fabricaban en exclusiva, quedando difuminada la que quizás era su mayor señal de identidad. Para ellos, fue un drama solventado con discusiones científicas y profesionales, a veces en el marco de los propios estrados de rebotica. Pese a todo, la industrialización no acabó con la oficina de farmacia, sino que, a la larga, ésta se vio beneficiada de la complejidad del medicamento industrial, si bien es verdad que el farmacéutico hubo de asumir el paso del arte de formular –“el quehacer con las manos”– al arte de dispensar –“el quehacer con la palabra”–.

Pero, volviendo al tema que nos ocupa, todavía pueden encontrarse numerosas referencias a las tertulias de rebotica en la mayoría de los escritores de la generación del 98, algunos de los cuales participaron activamente en ellas. Aquí se da cuenta de las más significativas.

Durante su estancia en Baeza, Antonio Machado participó en la tertulia que se celebraba en la farmacia de Adolfo Almazán, dejando el poeta sevillano estos versos acerca del carácter efímero de la política española del que hablan los contertulios: “Es de noche. Se platica/ al fondo de una botica.// -Yo no sé/ Don José/ cómo son los liberales/ tan perros, tan inmorales.// ¡Oh, tranquilícese usté!/ Pasados los carnavales/ vendrán los conservadores/ buenos administradores/ de su casa.// Todo llega y todo pasa/ Nada eterno: ni gobierno/ que perdure,/ ni mal que cien años dure” (*Poema de un día. Meditaciones rurales*, 1913). Machado confiesa en la correspondencia mantenida con algunos amigos que asiste con frecuencia a la tertulia, pero que habla poco, prefiere escuchar; califica a la farmacia de “un pequeño observatorio, donde se puede enterar de todo lo que sucede en el pueblo, pero cuando llegan los contertulios nos

comunican los acontecimientos de España y del mundo entero”. El poeta describe así la tertulia: “La rebotica es una habitación estrecha y larga a modo de pasillo, tiene un banco para que se sienten los contertulios y unas estanterías llenas de tarros de porcelana. La tertulia se reúne casi todos los días al atardecer, más a menudo en invierno y, sin falta, los días de lluvia”.

No es extraño que en la correspondencia que Antonio Machado mantuvo con Miguel de Unamuno salieran a relucir sus días en Baeza y algún que otro comentario acerca de las tertulias a las que acudía. Unamuno sentía una gran querencia por las tertulias: “He dicho alguna vez que la verdadera universidad popular española han sido el café y la plaza pública (...). Los ingenuos e ingeniosos espíritus socráticos y contertulios no son famosos, pero mantienen vivas la tradición oral, las leyendas, las utopías”; como señala en el cuento *El contertulio*, más de uno de los asistentes habituales a estas citas de mayor o menor enjundia intelectual tuvieron su patria en la rinconera de algún café. En cuanto a las tertulias de rebotica, seguramente el escritor vasco añadía a las cualidades antes comentadas su carácter más sincero y vivo. Al parecer, don Miguel solía acudir a principios de siglo a las amenas tertulias que se celebraban en la trastienda de la botica Arístegui en la Gran Vía bilbaína, hasta que el propietario acabó vendiendo la farmacia y metiéndose a monje en el monasterio de Silos. Según relato de Luis María Ansón: “En la trastienda de la farmacia Arístegui, Miguel de Unamuno pontificaba sobre la agonía del cristianismo, su libro incluido por el dedo vaticano en el índice de libros prohibidos. Una tarde, en aquella mítica rebotica, cuando alguien elogió a Maura, Unamuno le interrumpió con una pregunta: ¿contra quién va el elogio?”. Después, en su estancia en Salamanca, fue un asiduo a las tertulias de ricas discusiones y fuerte impronta política de la farmacia que, entre 1914 y 1920, tuvo abierta José Giral Pereira, por entonces catedrático de Química Orgánica de la universidad salmantina: “Mi farmacia en la Plaza Mayor era el centro de todo y allí venían de los pueblos a preguntar por don Giral pa apuntarse pa republicano, lo cual era una valentía en aquellos tiempos de caciquismo monárquico extremado”.

En 1920, José Giral se trasladó a Madrid para ocupar la cátedra de Química orgánica en la Facultad de Farmacia en sustitución de José Rodríguez Carracido, farmacéutico igualmente metido en política, asiduo a las tertulias del salón de Concha Espina, buen orador y mediocre literato, además de eminente hombre de ciencia. Y también adquirió una “buena y acreditada” farmacia en la calle Atocha (22.000 duros al contado), a la que incorporó laboratorio de análisis químico y de preparación de específicos y, poco tiempo después, una tertulia de rebotica, a la que solía acudir Miguel de Unamuno durante sus escapadas a la capital; incluso durante el tiempo de su exilio en la “acamellada” isla de Fuerteventura -ese trozo de tierra africano en medio del Atlántico de “una hermosura de desolación”- y de su huida a Francia (1924-1930) no perdió contacto con la tertulia y mantuvo relación epistolar con algunos de sus componentes. Las reuniones tenían como objetivo principal luchar contra la dictadura de Primo de Rivera y la monarquía de Alfonso XIII, y fueron un importante centro de propaganda de los principios republicanos. Allí se gestó la fundación del grupo político de Acción Republicana, primero, y de Izquierda Republicana, después, cuyos máximos impulsores fueron el propio Giral y Manuel Azaña. Desgraciadamente, el enfrentamiento de Unamuno con Azaña, el ambiente político de los años previos a la lucha cainita y algunas de las actuaciones gubernamentales de Giral propiciaron el distanciamiento definitivo de quien había sido uno de sus amigos más íntimos, uno de los pocos capaces de desentrañar “las secretas leyes de su alma”.

Otro de los miembros destacados de la generación del 98 y quien dio nombre al grupo, José Martínez Ruiz, Azorín, recibió un buen día el encargo del periódico *El Imparcial* de realizar una serie de reportajes acerca de La Mancha, con el fin de conocer mejor las tierras en donde tuvieron lugar las gestas de don Quijote, con motivo de la celebración del tercer centenario de la publicación de la obra cervantina. Resultado de todo ello fue *La ruta de don Quijote* (1905), libro que puede considerarse cercano al diario impresionista. La primera parada del viaje fue Argamasilla de Alba, supuesta cuna de don Alonso Quijano, y, allí, Azorín descubrió la tertulia que, en la trasera de la botica del licenciado Carlos Gómez Sán-

chez, mantenían los “académicos locales” entre olores a éter, alcohol y cloroformo.

En *Los Pueblos*, Azorín nos deja esta descripción de la Botica del Puente, en Santander, durante un paseo por la ciudad cántabra con la fresca mañanera: “A la derecha, frente a vosotros, hay una farmacia. No pone «Farmacia» el rótulo áureo de su dintel; Esto quizás desentonaría un poco. Las letras rezan castizamente: «Botica». Y dentro veis que todo está limpio, simétrico, que el piso es de azulejos diminutos, y que los botes son blancos, con sencillos dibujos pintorescos. Y observáis que no hay nadie en la botica. Y a vuestro espíritu vienen, evocadas por el recuerdo, sensaciones de niño: figuras de señores ya muertos, que habéis visto en otras boticas; cosas, que habéis oído leer allí, en voz alta, en periódicos; discusiones sobre temas que entonces no comprendíais, horas plácidas, sedantes, pasadas en la trastienda sombría, húmeda, mientras en el morterico de mármol va majando un mancebo y remezclando misturas que esparcen por el aire aromas extraños...”.

Ramón del Valle Inclán fue un asiduo de las tertulias de los cafés literarios madrileños, especialmente las que tenían lugar en la “cátedra” del café Nuevo Levante, considerado como crisol del modernismo artístico, y posteriormente en la Granja del Henar, pero asistió periódicamente a la tertulia de rebotica en la farmacia de Tato, en Puebla de Caramiñal (Pontevedra), durante los años de estancia en la población vecina de la ría de Arosa. Estas reboticas eran los verdaderos centros intelectuales de los pueblos, como también lo demuestra la que mantenía, animada por el canturreo de varios canarios, el padre del escritor Álvaro Cunqueiro en la parte de atrás de la oficina de farmacia que había instalado en los bajos del Pazo del Obispo, en la ciudad de Mondoñedo, villa “desde la que el mundo se ve despacio, como hay que verlo”, al decir de Camilo José Cela. Algunos de los textos de la fantástica *Tertulia de boticas prodigiosa y escuela de curanderos* nacieron de prestar oído desde niño a las charlas de la rebotica de don Joaquín.

Pío Baroja no fue demasiado amigo de tertulias, si bien parece que, al final de su vida, acudía a una rebotica de San Sebastián. En cambio, fue el escritor de su generación que más protagonismo dio a los farmacéuticos

entre los personajes de sus novelas, quizás como homenaje a su bisabuelo paterno, el boticario alavés Rafael Baroja, metido a editor: en *Las inquietudes de Shanti Andía*, aparece el personaje de Garmendía, el boticario que asiste con frecuencia a exponer sus opiniones a la tertulia de la relojería de Zapiain, en Lúzaro, el pintoresco pueblo del protagonista: “En la relojería casi todos los tertulianos son radicales carlistas, excepto el boticario Garmendia que era liberal. Garmendia defiende con ironía a los que no son cristianos, y lamenta que los vascos sean tan bebedores, ante la reacción furibunda de sus contertulios. El relojero Zapiain da discretamente la razón a Garmendia”; Antonio Bengoa es el farmacéutico y hombre de pensamiento liberal de *El Mayorazgo de Labraz*, en cuya tertulia se hace evidente la necesidad de progreso y la transformación de la sociedad española; Miguel Salazar, el protagonista de *Susana y los cazadores de moscas*, un hombre desilusionado de la realidad y dejado ir a los caprichos del destino, personaje que guarda reminiscencias del propio exilio de Baroja en París, y algunos otros boticarios que aparecen, como personajes menores, en *Las memorias de un hombre de acción* y en algún otro texto barojiano, como el cuento *Elizabide el vagabundo* o la comedia *Arlequín, mancebo de botica*.

Una de las tertulias más variopintas de principios del siglo pasado fue la de la botica del doctor Torrent en Sóller (Mallorca), el puerto de la calma y auténtico refugio de artistas, entre ellos el polifacético e incansable viajero Santiago Rusiñol, para quien la realidad no es sino una construcción de lenguajes: literarios, pictóricos y musicales. En ella tuvo lugar una de las anécdotas más curiosas de las tertulias de rebotica y es que, al ser requerido Rusiñol por el propietario de la farmacia para la redacción de un texto que sirviera de “prospecto publicitario” para un elixir estomacal de su propia invención, compuesto a base de flores y polvillo de alas de mariposa, Rusiñol escribió este interesante recordatorio: “El licor que tienes delante, dorado como una puesta de sol metida en una botella, puedes beberlo sin temor; si padeces de estómago, porque padeces y si no, para no padecer. Basta que lo pruebes para que no puedas dejar de beberlo (...). Advertirás al beber que este elixir está hecho de esencia de paisaje, de extracto de naturaleza y de hierbecillas cordiales, y tantas clases de flo-

res se te entrarán por los sentidos que hasta te sentirás un poco mariposa. Pruébalo y lo verás. Bebe y sabrás lo que es beber, y no temas aficionarte al vicio de la bebida, que esto no es vicio, sino virtud, ya que es con el único licor del mundo con que es bueno perder de vista el mundo, por cuanto, al perderlo, verás tu patria". Antes, durante su estancia en Granada a lo largo del invierno y la primavera del año 1898, Rusiñol también fue un asiduo de la tertulia que promovió Ángel Ganivet en el entorno de la fuente del Avellano, a los pies de la Alhambra, a la que algunos consideran como el germen de la Generación del 98.

Al hilo del comentario anterior, merece la pena recordar que el prospecto hizo su aparición en la farmacia española hacia 1820. Desde entonces, el prospecto ha sido considerado por parte de algunos autores, como Juan José Millás, una verdadera pieza literaria y fuente de inspiración para otras creaciones: "... a mí me hacía efecto la composición alfabética, el vocabulario, la sintaxis de aquellos prospectos maravillosos (...), fíjense en la de cosas que puede decir antiflogístico". Del primer prospecto que se tiene noticia es del que acompañaba al famoso *Puchero de Riaza*, un específico elaborado por el licenciado Frutos Sanz y Agudo, farmacéutico de Riaza (Segovia), cuya denominación respondía a su continente (un puchero de barro cocido) más que a su contenido, un compuesto a base de quina calisaya que era anunciado como un "Electuario contra las cuartanas" (fiebres palúdicas). No sería de extrañar que la idea del mismo, o incluso su propia redacción, hubiera salido de alguna tertulia en la trastienda de la botica.

Aunque fue un poeta desclasado y no puede encuadrarse entre los escritores de la generación del 98 (tampoco en el *novecentismo*), es necesario mencionar a León Felipe, farmacéutico de formación, cómico de vocación y trotamundos por actitud y ánimo. Antes de su bautizo literario con *Versos y oraciones de caminante*, León Felipe fue un asiduo de la bohemia y del "café literario madrileño", llegando a aparecer como personaje que "no tiene patria, ni silla, ni abuelo, ¡duelo! ..." en un poema del poeta vanguardista Francisco Vighi, titulado *Tertulia del Pombo*. Durante los años que ejerció como boticario abrió farmacia en Santander (1908-1912), primero en la calle de San Francisco y después en la plaza de la Esperanza, forzado por

las circunstancias familiares tras la muerte de su padre, pero los negocios no eran precisamente el campo de su interés y parece que su experiencia más enriquecedora la tuvo en la tertulia, que reunía en la trastienda a lo más granados vates, periodistas y escritores locales; después de su episodio carcelario, a causa de las deudas contraídas por su incompetencia económica y la mala gestión de la farmacia, tuvo botica en Balmaseda (Vizcaya), que abandonó por ir tras un amor apasionado, y regentó, sin más pretensión que la del mínimo sustento, las de algunos pueblos cercanos a Madrid, como Villaluenga de la Sagra (Toledo), Piedralaves y Arenas de San Pedro (Ávila) y Almonacid de Zorita (Guadalajara), en cuya rebotica aprendió a componer la inimitable fórmula magistral de esa poesía rebelde que aparece ya en su primera obra. Luego, durante su transterro en México, transformado ya en un poeta de verso hecho y corazón menos deshecho, fue el gran referente de la tertulia del café Sorrento en la capital mexicana, según cuenta alguno de sus cronistas. Como siempre se mostró partidario del reajuste (toda obra es un borrador que se acaba más por cansancio ante la incertezza que por convencimiento), parece que alguna vez comentó a sus contertulios que, si volvía a ser romero, lo seguiría siendo como un verso libre, sí, pero que, para conseguir comportarse como un viajero sin ataduras ni callos, necesitaría echar en su mochila una buena rama de *Rosmarinus officinalis*, la planta más cervantina.

~ NUESTRO TIEMPO

Quizás con menos pulso que en etapas anteriores, las tertulias de rebotica han contribuido en los últimos ochenta años a facilitar la vida de los españoles, no solo como medio de entretenimiento y distracción, sino como un auténtico fármaco que permitiera aliviar los dolores de la posguerra, como receta mágica para la transformación de una sociedad sometida al dictado de un régimen autoritario en una sociedad democrática y como alimento para salir al encuentro del futuro.

Las tertulias de rebotica, que habían vivido una etapa extraordinariamente fecunda antes de nuestra Troya particular, hubieron de resurgir de

la tierra baldía dejada por la batalla para seguir siendo lugares de convivencia, diálogo, intercambio y difusión de conocimientos, aun cuando la farmacia fuera perdiendo paulatinamente su alcance misterioso y algo de su dimensión pública. No eran pocas las voces que desde distintos ámbitos reclamaban volver a las tertulias. Así, el poeta Gerardo Diego decía, refiriéndose a las de reboticas: “Hay farmacéuticos que no son más que lo que están obligados a ser. Pero lo bueno, lo tradicional es que la farmacia, la vieja botica (que sigue siendo griega, para mayor claridad, como decía D. Hermógenes, el de la *Comedia Nueva*), no se contenta con ofrecernos su mostrador, sus aromas inconfundibles, sus pastillas de goma y su peso de precisión para bascular las carnes peligrosamente abundantes de la clientela que entra, azorada y como queriendo ser invisible, sino que nos brinda asimismo su trastienda o rincón de la tertulia, su rebotica”.

Cuenta José Luis Urreiztieta un caso insólito ocurrido en medio de la gran tragedia. A mediados de enero de 1938, en la improvisada botica que se formó en la madrileña cárcel de Porlier, que había sido habilitada por el Frente Popular en las instalaciones del colegio Calasancio, se organizó una tertulia que reunía por la tarde a un grupo relativamente numeroso de presos, en el que nunca faltaban varios profesionales sanitarios. La tertulia estaba dirigida por el farmacéutico Luis Vera y, si bien, en un principio, los temas versaban sobre el devenir del conflicto y los proyectos para la mejora de los servicios y otras necesidades, enseguida entraron a formar parte de las conversaciones los temas de carácter general, como arte, literatura, ciencia, etc.; algunos días también se llevaban a cabo lecturas poéticas, actuaciones musicales o algún espectáculo teatral, que permitían aliviar el sufrimiento humano en medio de la残酷 de la guerra y alejar momentáneamente los temores ante el incierto futuro personal y colectivo (testimonio de Luis Vera recogido por José Luis Urreiztieta en *Pliegos de rebotica*, mayo 1988).

En el Madrid caleidoscópico de los primeros años de posguerra, ese que Camilo José Cela tan certeramente describiera a través de la “colmena” de personajes que entran y salen del café de doña Rosa (algunos de ellos mantenían una tertulia de escasos vuelos literarios), el farmacéutico Ramón Labiaga impulsó una tertulia que, curiosamente, no tuvo su asiento

en rebotica alguna, sino en la trastienda de un café. El motivo era refundar la revista *Farmacia Nueva*, cuya publicación se había iniciado en 1930 y había quedado suspendida a causa de la contienda armada. Labiaga y un grupo de correligionarios instalaron su peculiar tertulia en un rincón de la cafetería El Gato Negro, en la madrileña calle del Príncipe, y allí la mantuvieron hasta que el establecimiento cerró sus puertas en 1952 y hubieron de encontrar acomodo en otro sitio para la conversación, ya convertida en debates de lo más variado, como también sucedía con la afamada tertulia que mantenían en el café Lyon D'Or José María Cossío, Antonio Díaz-Cañabate y el arabista Emilio García Gómez. Por su parte, Antonio Mingote recordaba la costumbre de otro genio del humor, Miguel Mihura, de "irse de farmacias" por las noches, a la salida de la tertulia del café: "Ir de farmacias significaba recorrer sus escaparates uno tras otro examinando las novedades en medicamentos, carteles, anuncios, envases, con la esperanza de que hubiera aparecido por fin el remedio prodigioso, la cura fantástica, el desiderátum de las medicinas".

En 1946, el polifacético Federico Muelas, "una especie de Quijote de entre semana entendido en potingues y endecasílabos" (Manuel Alcántara), adquirió la farmacia de la calle Gravina, 13, en Madrid. Su rebotica acogió una brillante tertulia, denominada *El Ateneo* y calificada por el poeta Gerardo Diego como "cueva de la esperanza". Federico, farmacéutico, poeta y abogado, fue el primer presidente de la Asociación Española de Farmacéuticos de las Letras y las Artes (AEFLA) y uno de los grandes impulsores de la revista *Pliegos de Rebotica*, su órgano de expresión. Así lo describía Pedro de Lorenzo: "El boticario es poeta, hombre difícil de burlar en el juego de la fantasía. Ha ido alhajando su trascuarto para veladas legendarias". Y así conduce al lector a la rebotica y a la tertulia: "Pende una lámpara de bronce, apagada; alumbran la rebotica las luces del escaparate. Se nota uno a gusto. Es todo suave: la luz, el calor templado del brasero.// La noche avanza entre conversaciones a media voz, serenas y anchos silencios. Se habla de ciudades, de historia, de apicultura. Claro que, si concurren escritores, la cosa varía radicalmente: se comenta, discute, recita; los fritos atropellan a los gritos; las copas de este licor de pedernales se suce-

den". Al parecer, en una de aquellas tertulias, el escritor Rafael Sánchez Mazas llegó a comentar que: "Si algún día me decido a ingresar en la Real Academia Española, mi discurso será hablando sobre las reboticas madrileñas y la trascendencia que han tenido en la gran historia de España". De Federico y del tiempo inolvidable de su tertulia dice Gerardo Diego sentir "una nostalgia incurable".

Durante las décadas siguientes, las tertulias de rebotica fueron retomando poco a poco el pulso perdido, aunque sin alcanzar del todo el vigor de su época dorada. Una prueba de ello es la tertulia que mantuvo Aurelio Murillo en su farmacia de la plaza del Altozano, próxima al puente de Triana, en Sevilla, referida en alguna de sus crónicas por el periodista y escritor Antonio Burgos. Dicha tertulia presenta una característica distinta a las habituales de otras reboticas y, a veces, se sucedían ininterrumpidamente a todas las horas del día. Allí, en la "botica Urelío" (nombre popular que le dieron los trianeros), se escuchaban los diálogos más serenos, sensatos en unas ocasiones, y disparatados en otras, y allí exponían sus pareceres con toda libertad profesionales sanitarios y obreros, comerciantes y artesanos, payos y gitanos. Se decía, que el buen humor y el carácter abierto corrían a raudales y había veces que las guardias de la farmacia terminaban en juergas flamencas. En Palencia, desde su licenciatura en 1945 hasta prácticamente su jubilación, el farmacéutico que quiso ser aviador y fue poeta de raíz bien nutrida, fundador de la afamada revista *Rocamador*, José María Fernández Nieto, regentó durante muchos años una oficina de farmacia en el número 40 de la calle Mayor, cuya rebotica fue testigo no solo de una prestigiosa tertulia, sino también del nacimiento y desarrollo de un buen número de publicaciones literarias y humanísticas, algunas de ellas salidas del sosegado tecleo de su Olivetti, como estas palabras de su *Autorretrato*: "Que los demás me saben por mi nombre/ pero yo me conozco por mi sueño/ (...) / Porque ¿acaso soy ese que se afana,/ que habla, que reza, que se da y se entrega?/ (...) / quiero escribir, para dejar impreso,/ copiado mi retrato en un poema".

Tras la guerra y hasta la llegada de la democracia, las tertulias ya no estuvieron tan politizadas (¿podrían haberlo estado, acaso?), pero existían

lo que podríamos llamar “tertulias de poder”, sobre todo en el medio rural, formadas por el farmacéutico, el médico, el alcalde y el cura, a las que se podía unir alguna que otra “fuerza viva” del pueblo, pero, junto a ellas, se desarrollaron otras de más altos vuelos intelectuales, como la que mantenía Francisco Marfagón en Cantimpalos (Segovia), a la que, según Benito del Castillo, concurrían arqueólogos, castellanistas, catedráticos de Medicina, y en las que se hablaba de música e incluso del despertar de África con misioneros que habían venido de Mozambique. Un talante similar se puede encontrar en las “tertulias de amigos”, como la que refiere Florentino Gómez Ruimonte: “Ya se han marchado los amigos que solían acompañarme en las guardias nocturnas; les invitaba a cenar, siempre lo mismo, tortilla española con escabeche, pollo frito con tomate y queso manchego. La bebida la ponían ellos. Es el momento en que antes de echar el cierre cambio impresiones con el sereno (ese desaparecido y eficaz colaborador), mientras tomamos una taza de café. Ya en la soledad, y optimista por el animado coloquio con los amigos, empiezo a considerar cuanto influye en la alegría de vivir esa manifestación celestial que es la belleza”.

En el año 1973, a instancias de José Luis Urreiztieta y bajo el auspicio de Ernesto Marcos Cañizares, a la sazón presidente del Consejo General de Colegios Farmacéuticos, se puso en marcha la citada Asociación Española de Farmacéuticos de las Letras y las Artes (AEFLA), teniendo entre sus socios fundadores a José María Fernández Nieto, Raúl Guerra Garrido, Federico Muelas, Rafael Palma y Carlos Pérez-Accino. Dos años después vería la luz el primer número de *Pliegos de Rebotica*. Tanto la asociación como su órgano de expresión han pasado en estos cincuenta años por vicisitudes diversas, pero alrededor de ambas se han generado, aunque de forma irregular, las más interesantes tertulias itinerantes, en las que se han podido escuchar fascinantes historias de la farmacia. Durante los años que fue presidente Raúl Guerra Garrido tuve el placer de participar en las charlas que, después de cada reunión asociativa, se formaban con comentulios tan amenos como Marisol Donis, Margarita Arroyo, Enrique Granda, Daniel Pacheco y el propio Raúl, quien manejaba el arte de conversar como nadie, seguramente porque supo “ajustar según arte” el fármaco como literatura,

como puede comprobarse no solo en su obra novelesca, sino también en sus artículos recopilados en *Tertulias de Rebotica*, en el resucitado -para oprobio de los intolerantes- *Cuaderno secreto del abuelo* y en ese excelente ensayo-novela de *El herbario de Gutenberg: La Farmacia y las Letras*, escrito junto con Juan Esteva de Sagrera y Javier Puerto.

Durante los años ochenta pude aprovechar la oportunidad que se me presentó de asistir en Salamanca a las tertulias de rebotica sucedáneas que se formaban al amor de una buena cena, tras la celebración de cada una de las conferencias del ciclo *La enfermedad desde el enfermo*, organizado por el profesor José de Portugal. Fueron numerosos los participantes que nos dejaron singulares remedios literarios y las más insólitas propuestas acerca de lo divino y de lo humano, desde el premio Nobel Camilo José Cela hasta el inimitable Felipe Mellizo, pasando por Francisco Umbral, Gonzalo Torrente Ballester, Rosa Montero, Gloria Fuertes, Pedro Laín Entralgo y un largo etcétera.

Por su parte, las tertulias de rebotica del Ateneo de Madrid en los años noventa, como espacio abierto a la cultura y núcleo primigenio para la aventura académica, tuvieron como impulsores a los ateneístas Daniel Pacheco y Juan Manuel Reol Tejada, uno de los farmacéuticos más activos e influyentes de la segunda mitad del siglo XX. Las tertulias debían ser un ámbito para “la libre discusión de los temas más varios o comprometidos del vivir cotidiano, tratados sin embargo con el sentido renovador y la frescura intelectual que caracterizara a aquellas primeras Tertulia de Rebotica de las que surgieron Academias”, y a fe que lo fueron. Actualmente, vuelven a tener un impulso renovador bajo la experta mano de Daniel Pacheco, presidente de la sección de Farmacia.

Conocedores de que el humor, el sexto de los sentidos humanos y entraña de todos los demás, beneficia seriamente la salud, hace unos años un grupo de amigos con orígenes chamanes, druidas o farmacopolas, pero sin oficina de farmacia alguna en la que refugiarnos, decidimos crear una especie de tertulia de rebotica con el nombre de *Claustro Fármago*, que tiene su aposento y su palique en las tabernas madrileñas, porque, aun siendo

fieles a los principios farmacóperos, lo somos más al refranero: “Ida por ida, más vale ir por bebida a la taberna que a la botica”... Y en estas andamos todavía, repitiendo flexiones a ver si se produce algún pensamiento o descubriendo palabras inútiles para regalárselas a algún arcipreste con buena pluma para escribir *El libro del buen humor*. Y otro tanto ocurre con las “tertulias de almuerzo y buen yantar” a las que da cobijo el *Grupo Gomis*, formado por médicos, farmacéuticos y periodistas con inclinaciones humanísticas, literarias y musicales.

~ LECTURAS RECOMENDADAS

Basante R. La farmacia. Ayer y hoy. Reflexiones en torno al medicamento y sus propiedades. Madrid: Real Academia de Farmacia, 2011.

Cansinos R. La novela de un literato. Alcobendas: Arca ediciones, 2022.

Del Valle A. Las tertulias de rebotica, foro y faro de cultura. Revista Alcalibe (UNED Ciudad de la Cerámica), 2008: 8, 371-390.

Díaz Cañabate A. Historia de una tertulia. Madrid: renacimiento, 2019.

Esteva J. Historia de la Farmacia. Barcelona: Masson, 2004.

González J. La farmacia en la literatura. La literatura en la farmacia. Una aproximación desde la ciencia, el arte y la literatura. Barcelona: Ars XXI de Comunicación, 2006.

Gracia D, Folch G, Albarracín A, Arquiola E, Montiel L, Peset JL, Puerto J, Laín P. Historia del medicamento. Barcelona: Doyma, 1984.

Guerra R, Puerto FJ, Esteva J. El herbario de Gutenberg. La farmacia y las letras. Madrid: Editorial Turner, 2013.

Olmo MD. De la Botica a la Farmacia: Interiores Urbanos al Servicio de la Ciencia y la Sociabilidad en la Región de Murcia (1860-1931). Tesis doctoral. Universidad de Murcia, 2017.

Pacheco, D (coord.). Tertulias de rebotica. Ateneo de Madrid (1990-1994). Madrid: Revista Panacea (número monográfico), 2018.

Puerto FJ. El mito de Panacea. Aranjuez: Ediciones Doce Calles, 1997.

Puerto FJ. Medicamentos Legendarios. Mito y ciencia en la terapéutica clásica. Madrid: Real Academia Nacional de Farmacia, 2016.

Urreiztieta JL. Las tertulias de rebotica en España (siglos XVIII-XX). Madrid: Ediciones Alonso, 1985.

Urreiztieta JL. La tertulia en la rebotica de Porlier. Pliegos de rebotica, 1988: 21, 21-26.



A. Sauer

Una tertulia tan vivida por imaginada

*Doy por ganado todo lo perdido
y por ya recibido lo esperado
y por vivido todo lo soñado
y por soñado todo lo vivido.*

Juan Guzmán Cruchaga

Dividido en mis querencias por la fábula y la ciencia, a veces he pensando que las tertulias de rebotica, más que lo que fueron, son lo que pudieron ser y he intentado delinear lo real y lo ficticio como dos líneas paralelas que hicieran posible la imposibilidad de encontrarse, siguiendo el trazado de esas vías de tren de las que nos habla la letra de una antigua soleá re-encontrada por el poeta Félix Grande hace unos años: “Como dos raíles de ferrocarril/ son tu cariño y el mío,/ el uno al laíto del otro/ y p'alante, to seguío”.

~ LA REALIDAD SE CONQUISTA CON LAS SUELAS DE LA IMAGINACIÓN

En más de una ocasión me he imaginado viajando a Yonville para asistir en la rebotica de Monsieur Homais a una tertulia en la que, además del boticario positivista y algún que otro inventor, participaran madame Bovary y su esposo Charles, así como otros dos personajes flaubertianos más que interesantes: *Bouvard y Pécuchet*. Quizás proceda de algunas de estas veladas tan vividas por soñadas el principio de relatividad que ha

quedado guardado entre los zurcidos de mi memoria: “todo es precario, variable y contiene en proporciones desconocidas tanto de cierto como de falso” o, dicho de otra manera, “en la vida, todo es relativo, aproximado y provisional”.

Otras veces, mientras paseaba por el centro de Madrid, he fantaseado con entrar en la vieja farmacia galdosiana de *Fortunata y Jacinta* y participar en las discusiones entre los boticarios Segismundo Ballester y Maximiliano Rubin: “La Música es la Farmacia del alma, y la... viceversa, ya usted me entiende. (...) En uno y otro arte todo es combinar, combinar. Llámense notas allá; aquí las llamamos drogas, sustancias; allá sonatas, oratorios y cuartetos...; aquí, vomitivos, diuréticos, tónicos, etc.”. Probablemente al soso de Maxi no le hubiera ido mal poner un poco de música a su vida y atender a la recomendación del libro de *Proverbios*: “el corazón alegre es buen remedio y hace buena cara, pero la pena del corazón abate el alma”. Acaso, en esto hasta tenía razón el insensato de Juanito Santacruz: “Vivir es relacionarse, gozar y padecer, desear, aborrecer y amar”.

Otra de las fantasías soñadas o imaginadas es saber cómo hubiera cambiado la opinión de Ramón Calabó (“encontraba que ejercer de boticario en un pueblo es un triste oficio”), el personaje de *El cuaderno gris*, de Josep Pla, de haber sabido desarrollar en su rebotica una tertulia con el farmacéutico de Figueras, salido de la mano creativa de Salvador Dalí, o con el propio Dalí, sus amigos de la Residencia de Estudiantes y el mismísimo Josep Pla, con su boina negra, su corazón en calma y su palabra sencilla y llana, y, de esta manera, ampliar los puntos de comienzo y término de su estrecha realidad.

En fin, en ocasiones, me he dejado convencer por José Garcés (el otro yo de Ramón J. Sender), el despabilado mancebo de *Crónicas del alba*, para considerar a la rebotica no solo como espacio de debate, sino también de amoríos. Y alguna noche que, agotados los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda, me he quedado durmiendo con su *Oda a la farmacia* y pensando en ella como “iglesia de los desesperados, con un pequeño dios en cada píldora”, he soñado la rebotica como una

mágica sacristía de la que me hacía cargo, con la única intención de comprobar si era cierto aquello que nos aseguraba Violeta Parra de que “los amores de sacristán son dulces como la miel” y no se trataba solo de una canción popular.

Pero, sin duda, la tertulia de rebotica con la que más he gozado soltando amarras a la fabulación es la que habrían mantenido en mi presencia invisible Álvaro Cunqueiro, Joan Perucho y Antonio Gamoneda, bajo la tutela de Raúl Guerra, en la farmacia que José Garrido, su abuelo materno, tenía en la plaza mayor de Cacabelos. Allí, en ese espacio de misterio hecho cotidianidad, en un tiempo suspendido, que no es de ahora ni es de antes, que es de todos y es de nadie, los cuatro escritores se habrían reunido con objeto de debatir acerca de la ciencia boticaria y el saber de la farmacopea fantástica del autor gallego, de la botánica oculta, el herbolarío de existencia ignorada y los magos que atesoran el saber oculto, como Paracelso, que tan bien conocía el original escritor catalán, de los venenos mortíferos y las fieras que arrojan de sí ponzoñas con los que fabula el poeta nacido en Oviedo y vivido en León, que tiene como referencia a Pedacio Dioscórides y Andrés Laguna, y del contenido del llamativo *Personalia*, el diario supuestamente escrito por el abuelo boticario del novelista madrileño de nacimiento, pero berciano de vocación, cuyas cenizas darían pie al excelente *Cuaderno secreto*.

Siempre he interpretado esta singular tertulia como un debate acerca de la alquimia capaz de transformar la ciencia en poesía y la farmacia en fábula, con el objetivo de alcanzar saberes inalcanzables. He de decir que yo la seguí con la mayor atención desde mi invisibilidad, conseguida mediante la toma de una infusión de mejorana, cuyas propiedades para el ocultamiento había descubierto en el *Manual de hechicerías* de Belarmino de Arriaza, un mago de Medina del Campo, al que conocía por las referencias que Joan Perucho había hecho a su obra, aunque alteré su fórmula original y le añadí algunas gotas de leche de sirena (en este caso, de las que habitan los arrecifes del Cabo de Gata), siguiendo el consejo de Cunqueiro. Los contertulios elevaron el arte de la conversación a sus más altas cimas, pero, dada mi poca destreza literaria en armar diálogos para

atraer la atención del lector y el añadido de mi preocupación por no echar en olvido algo de lo más sustancioso que allí se dijo, he convenido en dar cuenta de la tertulia a la manera de monólogos sucesivos, aun a sabiendas que ellos hablaron cada uno mezclando lo suyo con lo de los demás. Y es de este modo cómo daré principio a estos parloteos liberados del tiempo, comenzando por el parlamento del sabio gallego, aunque, antes, diré de él dos o tres cosas.

~ TERTULIA DE BOTICAS PRODIGIOSAS

Álvaro Cunqueiro decía haber nacido entre zuecos y relámpagos en mitad de la noche y se tenía por descendiente de los amoríos de don Roldán, el sobrino de Carlomagno, con una sirena, aunque hay quien sospecha que, en realidad, había nacido directamente de sirena o, si no fue así, por lo menos se había alimentado con la leche de alguna de ellas, traída a la Mariña lucense desde más allá de Tropobana por los pilotos del califa de Bagdad. Aparte de regalarle sueños amorosos y caricias insólitas, la leche de sirena le habría proporcionado sabencia para ocultar su asombrosa erudición y reducirla, a la manera jíbara, describiéndola como “especializada en cosas inútiles”. Decía sentirse tan solo como un deformador, un escritor cuya intención era “encantar con la palabra, como el encantador de serpientes con la flauta”, y confesaba que lo que más le gustaría es ser citado como “vago, fantástico y cordial”, aunque no cabe duda que, para vago, le faltó vocación.

De niño, aprendió a herborizar con su padre por los alrededores de su Mondoñedo natal, capital de una de las siete provincias del antiguo reino de Galicia y sede episcopal. Después, se puso a interrogar a los mitos y a los fantasmas que Mondoñedo había despertado en su imaginación y a transformarlos en personajes de carne y hueso y, al revés, a convertir en fábulas y leyendas los personajes de la realidad en la que vivía en esta tierra rica en pan, agua y latín. Luego, con los metros y las formas de la poesía medieval, hizo poesía contemporánea. De esta manera, su territorio literario abarca desde la mitología céltica y la poesía de los trovadores

hasta las vanguardias, haciendo lo real maravilloso y lo maravilloso, real. Sin embargo, lo suyo “no era realismo mágico, sino magia de las palabras, fundación mítica de la propia vida” (Pere Gimferrer). Y es que su manera de ver el mundo era la de un lugar en el que lo más natural es cruzarse una mañana o una tarde cualquiera con don Quijote y Sancho y preguntarles por la composición del bálsamo de Fierabrás, con La Celestina y sonsacarle el secreto de sus hierbas, con Hamlet y escarcular con qué pócima salen a relucir mejor las sombras interiores, con san Ero de Armenteira y descubrir la ensoñación que provoca el canto del mirlo, o, en fin, con Simbad, el rey Arturo, Alí Bey o Lady Hester Stanhope y viajar, sin moverse, para conocer otros lugares tan fantásticos por reales. Es decir, el mundo de Cunqueiro es un lugar en el que los hechos extraordinarios ocurren con absoluta naturalidad, un mundo habitado por gente de su invención o sacada de la realidad, o ambas cosas a un tiempo. Él mismo definió su obra como “un canto a la esplendidez de la vida”.

Álvaro Cunqueiro no pudo superar, ni siquiera con su idealismo, el naufragio de sangre del 36 y, tras el enfrentamiento bélico, creó un universo paralelo, lleno de humor burlesco y fantasía, equilibradamente desproporcionado y salpicado de fecunda melancolía, muy bien relacionado con el cosmos imaginado por su amigo Joan Perucho. Tal y como señala César Antonio Molina, “nadie fue más hábil en huir de las prisiones de su tiempo”. De ahí, que su obra trascienda con mucho su época y se instale en la historia de la literatura sin fronteras. Como fabulista y buen gallego, mentía para escapar de la rutina, tratando de buscar una realidad distinta de los aconteceres diarios y de las vivencias personales o, simplemente, de recrear la realidad y darle la vuelta a tanta verdad establecida (supuestamente inalterable), pero jamás trató de confundir la mentira con el engaño. Por otra parte, nunca le importó que le pudieran imitar otros escritores: “Bienaventurados nuestros imitadores porque de ellos serán nuestros defectos”.

Algunos de los textos de la fantástica *Tertulia de boticas prodigiosas* y *escuela de curanderos* nacieron de prestar oído desde niño a las charlas de la rebotica que su padre, don Joaquín Cunqueiro, organizaba en la parte

de atrás de la oficina de farmacia que había instalado en los bajos del Pazo del Obispo, en Mondoñedo. Dice Álvaro Cunqueiro en el prólogo del libro: “El autor de este texto tuvo ocios bastantes en la oficina de Farmacia paterna para, desde párvulo, deletrear en los botes los nombres sorprendentes, desde el opio y la mirra a la menta y la glicerina, y más tarde, ayudar a hacer píldoras y sellos, y escudriñar el misterio del ojo del boticario, y sumergir una mano en los cajones de las plantas medicinales, la genciana, las hojas de sen, la salvia, la manzanilla . . . , y darle al molino de la mostaza, cerca del cual estaba la redoma de las sanguijuelas. Mi padre preparaba la tintura de yodo, un vino aperitivo, o las limonadas purgantes para el obispo de Solís. Se me aposentó en la imaginación una idea de las farmacias todas del mundo, que era mágica y fui curioso de ellas, recogiendo noticias de aquí y allá, preocupado de elixires y venenos, de la cosmética antigua y de la gloria almibarada de jarabes y de lectuarios, como los de la monja del arcipreste”.

Apostado, como si se tratara de un fantasma de *Los habitantes de la casa deshabitada*, tras el ojo de boticario que se incrustaba entre los anaqueles repletos de albarellos que separaban la estancia principal de la botica de su desahogo trasero, yo escuchaba cómo el mindoniense mezclaba el tono culto y el desparpajo popular para hablar a sus contertulios de boticas prodigiosas en las que lo maravilloso era hábito, y cómo argumentaba que los prodigios no son reales ni ilusorios, sino medios para deformar la visión cotidiana de la realidad, zarandear nuestros frágiles razonamientos y cuestionar certidumbres, acaso una manera de contemplar la otredad del mundo de todos los días, tan alejada del ajetreo irracional al que conduce el absurdo de nuestras obligaciones cotidianas y de un orden establecido, supuestamente inmutable. Sus compañeros parecían estar de acuerdo con él en que, tal vez, realidad e ilusión no son términos opuestos y lo que llamamos realidad es también ilusión.

Después de hacer referencia a la afirmación de Arthur Rimbaud de que no se puede correr el velo del misterio siendo prisionero de la razón, escuché contar a Cunqueiro que del techo de la botica de La Meca colgaba un caimán, animal de cuya lengua se decía que tenía propiedades

afrodisíacas y ayudaba a los viejos a “mantener la dignidad venérea y conservar la memoria”; a su lado, recogidas en cestos de palma y en bolsas de buen lienzo, y aun de seda, había “ciento veinte clases de hierbas que nunca han existido según la botánica moderna desde Linneo, pero que allí aparecen en inventario”, aunque lo más célebre de la botica de La Meca eran los purgantes, “algunos tan fuertes que bastaba con escribir su nombre en un trozo de piel de oveja y frotarse con él el vientre para que hiciera efecto”. Por su parte, la botica del Preste Juan (un supuesto descendiente de los Reyes Magos, que era rey de un vasto territorio cristiano en Etiopía) disponía de una gran variedad de hierbas, así como de numerosos compuestos, y tenía dos ojos de boticario: uno para los somníferos y para el agua de *Juventia*, y otro, guardado por el basilisco, contenía todo lo necesario para la obtención de la piedra filosofal. Y en la botica real persa de Asuero, situada en la ciudadela de Susa y famosa por su cosmética, se producían elixires eróticos, excitantes del apetito sexual y aguas despertadoras.

A diferencia de sus compañeros de tertulia, yo quedé asombrado cuando Cunqueiro afirmó que las sobras del pez de Tobías (corazón, hígado, hiel) se siguieron utilizando hasta los tiempos de Diego Torres Villarroel (s. XVIII) y que, en los días bizantinos, se aseguraba que los restos de las vísceras del pez que Tobías había empleado tanto para ahuyentar de Sara, su futura esposa, los amores del diabólico Asmodeo como para curar los ojos de su padre, se conservaban, junto con el “fuego de Elías”, un específico de la longevidad, en el monte Carmelo, bajo la custodia de un santo ermitaño que tenía la facultad de volar. Otro custodio, el duende guardador del tesoro nibelungo, era quien vigilaba en la Botica de Oberón (rey de los elfos) el zumo del tallo de la flor del amor y, a su lado, el polvo amnésico, procedente del juncos negros que crece a orillas del río Leteo, el río del olvido: filtros de amor y polvos leteos, es decir, la sustancia misma de la vida humana.

Entrado en terrenos literarios, el sabio gallego habló de la Botica de Camelot o de la Tabla Redonda, famosa no solo por el bálsamo de Fierabrás –remedio probablemente preparado por última vez por don Quijote de La Mancha para acometer sin temor alguno cualesquiera ruinas, bata-

llas y pendencias, por peligrosas que fuesen-, sino también por las pócimas mágicas de Thessala -entre las que destacaba el “agua de la falsa muerte”-, por la píldora para escuchar pájaros los sordos, por la piedra azul que permite respirar bajo el agua y por todo lo que el mago Merlín inventó a lo largo de su vida. Asimismo, se refirió a que, en el huerto de la botica de la Escuela de Traductores de Toledo, se cultivaron plantas filoglósicas, las cuales, tomadas en infusión, avivaban el recuerdo de palabras arábigas y hebreas del traductor, y que en la misma Escuela se preparaban baños de cebada con citrón para las nalgas de los políglotas, a quienes de tanto estar sentados en el duro banco se le formaban callosidades; la tea la utilizaban los traductores y demás huéspedes de la Escuela para ahuyentar la peste de la ciudad y para encontrar tesoros ocultos.

Las costuras mejoranas de mi vestido de fantasma estuvieron a punto de estallar y denunciar mi presencia cuando, antes de referirse a los men- ciñeiro o curanderos gallegos, que curaban con un saber milenario las dolencias del cuerpo y transmitían energía espiritual a los enfermos que acudían a ellos, Cunqueiro comentó que, durante el Quinientos, en las farmacias de Milán, Bolonia, Florencia y Roma se prepararon pócimas secretas para conseguir “niños prodigo”; una de las más famosas era la infusión llamada de la calma o sosiego, que se componía de tila, semilla de heliotropo y azogue levitado; de los más conocidos era otro compuesto a base de diversas adormideras, entre ellas la semilla del melón, que obligaba al niño a un sueño inquieto durante el cual podía recitar a Cicerón entero, como si en ello le fuera la vida. Al parecer, era creencia extendida que una noche con un sueño así equivalía a doce repasos del texto en vigilia. Fue en este preciso momento cuando me vino a la cabeza, como un relámpago de la primera memoria, aquellos saquitos con pétalos de amapolas, ramas de valeriana y melisa, granos de matalahúga y pepitas de calabaza y melón que mi abuela Teresa ponía en la cabecera de la cama para serenar la mente y dulcificar el sueño, así como la “oración” que una oficiala de la sastrería de su marido, el maestro Jacinto, confesaba decir todas las noches para “dormir a pata suelta” y que encerraba todo un principio filosófico: “aquí se acuesta este melón, siquiá amanezca, siquiá no”.

Una vez reavivadas las ascuas de la memoria, vinieron a mi mente otros recuerdos de tiempos anteriores al mío. Se presentaron no como actas notariales de lo ocurrido, sino como descripciones de hechos reescritos por la perspicaz mano de la fantasía. Según me había contado mi padre, que tenía en los litines del doctor Gustín su madalena proustiana, en el botamen de la Farmacia Caparrosa, situada en la calle Mayor de Torre Cerdima, se encontraban remedios de efectos maravillosos, que lo eran más por su carácter de reliquia religiosa que por sus propiedades farmacológicas. Al parecer, el boticario había ido reuniendo en bonitos albarellos de Manises una singular colección de remedios para contentar a su devota esposa, de la que estaba perdidamente enamorado; entre los botes más llamativos estaba el que contenía una almorzada del barro del que fueron hechos nuestros primeros padres, Adán y Eva; había otro con briznas de papiro del cesto en el que fue depositado Moisés en las aguas del Nilo; un tercero contenía la mitad de medio cuartillo del vino sobrante de las bodas de Caná; en fin, otro de los tarros guardaba gotas provenientes de la Gruta de la leche, cercana a Belén, y, en uno de los de tamaño más pequeño de la colección, se conservaba un colmillo del lobo de Gubbio, la fiera amansada por San Francisco de Asís, patrono de la población. A pesar de que era una persona dada al escepticismo, el boticario aseguraba que todos ellos habían acreditado a lo largo del tiempo su condición terapéutica, al menos como placebo, por lo que, si no curaban, tampoco perjudicaban. En la Farmacia Caparrosa se celebraban tertulias entre las fuerzas vivas del pueblo, pero no en la rebotica, atiborrada de morteros, orzas, mesas con balanzas y pesas, retortas y demás utensilios para la fabricación de fórmulas magistrales, sino en el huerto de plantas medicinales que el boticario tenía entre la trastienda y su casa o, cuando llegaba el verano y había que trasladar la cháchara a la hora de las sombras, en la esquina de la farmacia.

Sin embargo, esta no era la única tertulia de rebotica que se celebraba en el mágico pueblo de mis ancestros, pues, según contaba mi padre, había otra de carácter más desenfadado y popular, pero que también había alcanzado naturaleza boticaria. Se trataba de la “juntaera para el

palojero" -mi padre era muy palabrero y colecciónaba palabras del habla fronteriza de la Axarquía almeriense como el filatélico experto lo hace con los sellos- que tenía lugar en la puerta de la barbería del maestro Diago, quien, a su habilidad como alfajeme, unía las de sangrador, sacamuelas y trovador. Además, en una vitrina, a modo de pequeña botica, situada a la entrada del salón, disponía de diversos remedios y consuelos, envasados en recipientes de barro, vidrio y metal, según correspondiera, entre los que destacaban: una tintura de abrótano macho, en la que se había dejado macerar un supuesto cabello de la melena de Sansón y que, según Diago, era medicina infalible tanto para eliminar la caspa como para propiciar el crecimiento del pelo e, indirectamente, fortalecer el vigor general; una loción a base de romero, hojas de eucalipto y zumo de limón contra la piojera; diversas fomentaciones frías con hojas de perejil e infusiones de tomillo contra el dolor de muelas, si bien el polifacético fígaro aseguraba que, cuando una muela se ponía rabiosa, hasta el punto de hacer perder el juicio a una persona, había que dar clavo para acertar; una pócima a base de brotes tiernos de zarza para afirmar los dientes y curar las llagas de la boca, y una cajita en la que guardaba telas de araña, que solía utilizar cuando se le iba la navaja durante el rasurado de la barba de algún cliente y con cualquier otro descuido que provocara una herida mayor a la hora de sangrar. También tenía una libreta de rayas en la que, aparte de las anotaciones de las deudas de los "fiados", había escritos numerosos trovos con vocación de prospectos virtuosos para entretenar a la clientela y, sobre todo, para proporcionar distracción y algo de consuelo a los desesperados por las muelas, entre los que incluía a un *Niño Jesús*, recostado en sillón frailero, con un prominente flemón y los ojos cerrados a causa del dolor, cuya talla de madera presidía el salón, en lugar del agobiante retrato del dictador, tan frecuente en los establecimientos públicos de la época (la talla era réplica de una escultura que había llamado su atención en un libro sobre arte en los monasterios y cuya reproducción había encargado a su cuñado, un carpintero con vocación artesana).

~ LA BOTÁNICA OCULTA O FALSO PARACELSO

Cuando tomó la palabra Joan Perucho, dejó claro su amor por las píruetas lingüísticas y la ironía más desarmadora de los supuestos saberes irrefutables, pero también de las supersticiones. Siempre me había parecido que su prosa, y ahora también me lo parecía su palabra, es la fertilidad sin límites de la fantasía y sus personajes, incansables geólogos a la búsqueda de las grietas de la razón por las que se cuelan otros saberes menos académicos, pero muy útiles para explorar los resquicios de las ideas presentes y ver lo que hay debajo del conocimiento de cada momento y de las palabras que lo sustentan. Al inicio de su intervención, corroboró algunas cosas que había escrito en páginas de su variada obra, como el siguiente texto, del cual deduce que quizás sea lo fabuloso, lo imaginado, aquello que nos permite vivir a ras de cielo, aunque sea en la fugacidad de los instantes que pasan de continuo: “La literatura fantástica es la pura y simple reivindicación de la poesía y lo maravilloso ante la excesiva racionalidad de la vida. El elemento fantástico es lo que hace salir al hombre de lo habitual, de lo cotidiano, de lo real”.

Desde mi escondite fantasmagórico, escuché al escritor catalán rendir homenaje a Paracelso, el gran rebelde contra el galenismo tradicional, el “hombre en llamas” -según la certera definición de Javier Puerto-, para quien la naturaleza entera era una inmensa farmacia en la que había que encontrar el arcano o semilla eficaz más simple para combatir la causa de cada enfermedad. Pero, además de referirse a Paracelso y su visión terapéutica del mundo, Perucho se tiró un buen rato hablando de las plantas mágicas como algo fascinante, extraño y antirrealista, al tiempo que hacía una clasificación de dichas plantas entre las que son mágicas por sus cualidades y propiedades, y las que lo son por sí mismas, por su naturaleza inverosímil.

Entre las primeras, comenzó refiriéndose a la rosa, la reina de las flores y de la que no hay poeta en el mundo que no haya escrito algún poema, y siguió por la higuera, muy apreciada en tiempos intolerantes por tapar vergüenzas (“desnudeces diabólicas”), cuyos frutos, de los que hay innú-

meras variedades tanto en color y sabor como en blandura y grandeza, se consideran como el primer alimento que tomó el hombre. Del laurel dijo que era árbol de naturaleza noble y dispone de hojas que tienen subido su sabor y su perfume; consagrado a Apolo por los antiguos, ha sido propio a las sienes de los emperadores y a las personas coronadas por la poesía o cualquier otro saber o destreza, incluso llegó a ser utilizado como oráculo por los cretenses para la promulgación de cualquier ley. Afirmó del sauce llorón que es fama que ocultó a la Sagrada Familia en su huida a Egipto por la persecución de Herodes, que en China era símbolo de inmortalidad y que aparecía en páginas escritas, entre otros, por William Shakespeare y Henry James, mientras que las propiedades mágicas del toronjil parecían ser muy apreciadas en Macondo, al decir de Gabriel García Márquez. En cuanto al avellano, aseguró que sus varas eran las favoritas de los zahoríes para detectar los hilos de agua o las venas metálicas y del sasafrás, que es un árbol solitario de raíces recias que mueve sus hojas y ramas por propia voluntad y no por el rumor del viento. Asimismo, hizo mención al nogal como la madera más adecuada para facilitar la movilidad de la mesa de güija en las reuniones que tienen a bien celebrar algunas personas con la intención de comunicarse con los espíritus. En fin, sus alusiones botánicas también llegaron al ajo, llamado “triaca del campesino” por su paisano Arnau de Vilanova y que, según dijo, no convenía tomarlo antes del íntimo palabreo a los que tan aficionados son los amantes y que sabía de buena tinta que, a pesar de que don Quijote le recomendara no tomarlos para que “no sacaran por el olor su villanía”, Sancho apreciaba mucho el ajo, pues sabía, aun sin haber leído a Galeno, que no solo eran manjar, sino también medicina, ahuyentaba vampiros y sierpes y era antídoto contra hechizos varios.

En cuanto a las cuestiones siempre resbaladizas de los amoríos, Perúcho tuvo a bien opinar que Abelardo y Eloísa fueron trabados por la damiana o hierba de la pastora, planta que provoca pasiones arrebatadas, como le sucedió a Helena de Troya, que la aristoloquia es capaz de desatar el nudo de la agujeta (hechizo que impide al hombre realizar el acto sexual), que la yerba doncella, reducida a polvo, conviene a la yunta porque da

amor a los hombres, y que el mirto o arrayán, tradicionalmente asociado a Venus, es empleado en magia erótica al tener la virtud de hacer nacer la pasión amorosa entre las personas o hacer volver la que se ha ido; dijo estar asombrado por el entusiasmo de Catalina de Rusia por las coles, pero que el gran afrodisíaco que usaba el marqués de Sade para sus experimentos lujuriosos era el muérdago, planta que, además, posee otras notables virtudes, conocidas desde el entonces de los druidas celtas.

Prosiguió el original autor barcelonés sus decires con socarrona erudición, reseñando algunas de las plantas con propiedades excitantes o alucinadoras, como el ajenjo, famoso amargo desde que su licor lo pusieran de moda los poetas malditos (Baudelaire, Rimbaud, Verlaine...), aunque era ya conocido por los antiguos egipcios, que lo utilizaron por sus virtudes para abrir el apetito y desenredar el menstruo oprimido de las mujeres..., pero con el que hay que tener cuidado con su exceso, por ser enemigo de los nervios. Acerca de las virtudes hipnóticas del beleño, concluyó que iban desde el simple adormecimiento (embeleñar) hasta hacer dormir de un voleo largas horas (“al que toma beleño no le faltará el sueño”); sin embargo, hay que ser muy cauto con su administración porque hace abandonar el tino, provoca una sensación de ingratidez y permite sentir la capacidad de salir volando. Otra planta que no solo altera las nerviosidades, sino también la fantasía y la memoria, haciendo decir devaneos a quien la toma, al tiempo que dilata las pupilas hasta poner “los ojos como platos”, es la belladona, que, junto con el beleño, el estramonio y la mandrágora, entraba a formar parte de la triaca y de los ungüentos de brujas.

Del peyote o mescal, un cactus pequeño con el que Aldous Huxley trató de abrir las puertas de la percepción, que es propio de los desiertos mesoamericanos, tiene el cuerpo dividido en gajos y presenta un color verde azulado, dice Perucho que estimula la inspiración de la música folk y que produce una gran alegría, calma la sensación de hambre y de sed, alivia la fatiga, alienta al esfuerzo y produce visiones fantásticas, acaso por ser un modificador de la conciencia, como también lo es el hachís, obtenido del cáñamo indiano, que produce alucinaciones y éxtasis incluso en dosis

no excesivamente elevadas; no obstante, hay que tener mucha precaución con ambas plantas, pues un exceso puede llevar a la razón al borde de los infiernos. Por otra parte, advirtió que la cicuta, a pesar de su aspecto confiable, contiene un acelerado veneno, capaz de provocar la muerte en unas pocas horas y se hizo eco de la extendida opinión de que entró a formar parte principal de la pócima que tomó Sócrates para no desobedecer las leyes que lo condenaron a muerte. En cambio, no se detuvo mucho en hablar del opio, del que decían los sabios antiguos que es “veneno sabroso”, que no convenía darlo, salvo a dosis precavidas, para aliviar el dolor inclemente, provocar sueño en los insomnes persistentes, madurar y mitigar la tos perruna o aligerar ciertas indisposiciones difíciles del estómago, pero que, en cambio, administrado a dosis mayores, ofende al cuerpo, porque quita sentido a las partes, hace letargia profunda y despacha; apenas le dedicó una corta parrafada a la coca, la legendaria “planta divina de los incas”, que masticaban sus hojas para sentir poco el hambre y encontrarse en “gran vigor y fuerza”, y no le oí comentar nada acerca de la ayahuasca, de la que tengo entendido que es la llave para penetrar en todos los encantos que están guardados en el espíritu de cada persona, pero que puede privar de los sentidos e incluso de la vida en cargando la mano.

Mi mayor excitación se produjo al escuchar el discurso relativo a las plantas declaradas formalmente mágicas, debido a su naturaleza inverosímil. Entre ellas el autor de la *Botánica oculta* o *Falso Paracelso* mencionó al olocanto, árbol andante de instintos terribles y destructores que, desde que fuera descubierto por san Jerónimo en el desierto durante su periodo de vida anacoreta, ha aparecido periódicamente en momentos históricos convulsos. De la carnívora, dijo haber sido descubierta por Alí Bey, bautizado como Domingo Badía, catalán de nacimiento, almeriense de adopción y trotamundos por vocación, y haber sido estudiada por el naturalista Antonio de Montpalau, protagonista de *Las historias naturales*, quien estableció tres tipos diferentes: africana, americana y asiática. Según Perucho, otra planta de marcados instintos criminales es la strigles, parecida a una gran ortiga y de la que se dice que fue utilizada por Juliano el Apóstata y otros importantes dirigentes históricos como eficaz arma de Estado. Asimismo,

la dama del velo negro, oriunda de Tasmania, guardaba una cruel voracidad bajo su permanente vestido de luto. Entre estas plantas maléficas resulta singular el ghol, un vegetal al parecer creado por la condensación de los gases de los tubos de escape, que tiene querencia a convertirse en parásito del hombre para suplantar personalidades y cambiar violentamente los comportamientos de aquellos a quien atrapa, creando en torno a ellos una película brillante y translúcida.

En el capítulo de las plantas antropomorfas, Perucho advirtió que, junto a sus virtudes mágicas, la mandrágora tiene propiedades diabólicas, que utilizaban con frecuencia las hechiceras para sus artes secretas y Maquia-velo para destruir a sus enemigos; en su opinión, ningún otro remedio está rodeado de tantos y tan misteriosos encantamientos, y se dice de ella que es un poderoso condensador de fuerzas astrales. Dada la semejanza de su raíz con el cuerpo humano, ha dado lugar a la imaginación de leyendas fabulosas a lo largo de la historia desde el tiempo de los pitagóricos, siendo fácil encontrarla dibujada como si se tratara de una persona, hombre o mujer, de acuerdo con el aspecto fálico o no de su raíz. La dulce amiga, que se dice es oriunda de Arabia, fue cantada por los poetas orientales, alguno de los cuales aseguraba que el aire, al menearla, se aromatizaba de lo que desprendía su cuerpo sobrenatural, mientras que Sherezade dice de ella que “su boca era una flor, su saliva jarabe, sus labios nuez moscada, y su cuerpo fino y flexible, como una tierna rama de sauce”. La llamada planta bebé tiene como máximo anhelo la ternura natural y subrogarse en la personalidad de los recién nacidos.

Insólita demuestra ser la suplicante, descrita por Perucho como la “planta orfeón”, pues no tiene raíces, se alimenta del agua del mar y se reproduce por esporas, siendo su principal vocación la de cantar y ofrecer conciertos. En cambio, la pasión de la zapadora, planta originaria de Afganistán, no es la música, sino la literatura; aparte de su gran capacidad para abrir galerías bajo tierra cuando se siente hostigada o contrariada, se ha revelado como una voraz lectora, bastante erudita y copista infatigable de manuscritos. Otra rareza literaria lo constituye la triunfalina, planta de color azul y ribetes amarillos, que se encuentra prensada entre las páginas

de los libros de los moralistas; es leyenda que llegó a escribir un desternillante catecismo para las muchachas, que tuvo un relativo éxito antes de la llegada de la novela naturalista. Por su parte, la veloz, traída a Europa desde la tierra de los balumbos por el gran explorador David Livingstone, tenía la propiedad de volar por los aires como un pájaro; aquí, sentó las bases de la navegación aérea y se hizo amiga de la emperatriz Sisí y de la reina Isabel II de España. Planta extranjera es también El Ch'i, inventada por el rey Chun-ting, de la dinastía Shang, uno de los maestros chinos de la pintura de flores y pájaros; su singularidad atrajo la admiración de Marco Polo y, sin saber cómo había llegado hasta allí, Joan Perucho la descubrió, al oler su intenso perfume, en casa de su amigo Néstor Luján, un día que el gastrónomo y polifacético escritor catalán le invitó a comer y a desentrañar las historias que se ocultan en el interior de cada plato y en la profundidad de cada copa de vino.

Como antes me había ocurrido al escuchar algunos de los prodigios de botica contados por Cunqueiro, al oír ciertos remedios fantásticos relatados por Perucho, no pude dejar de pensar en los que aparecen en la relación de *Drogas insignes y otras cosas memorables que se conservan mentalmente en la real botica del Escorial*, contenida en el *Mamotreto o Índice para la memoria y uso de Juan Vélez de León* y escrita, hacia 1726, de su puño y letra por este poeta, historiador y secretario del embajador de la corte española en Roma, dueño de una excelente biblioteca y autor de una abundante y variada obra, entre la que se encuentra una traducción muy elogiada por su elegante prosa de *El Príncipe* de Maquiavelo, realizada para el rey Carlos II. Entre las drogas anotadas por Juan Vélez de León se encuentran el áspid que mató a Cleopatra, el buche del Ave Fénix, los genitales de Saturno que se hallaron en el mar de Valencia, la *Ilíada* de Homero escrita en el ala de una mosca, un suspiro que el Rey Chico exhaló al despedirse de Granada y algunas de origen bíblico, como la cerradura del arca de Noé, un puñado de la sal en la que se convirtió la mujer de Lot, el hocico de la ballena que se tragó a Jonás y una pluma del arcángel San Gabriel, seguramente procedente de las que perdió en la casa de la Virgen María, en Nazaret, el día que fue a anunciarle su maternidad (Boccaccio se

ocupa de ellas como reliquia en un delicioso cuento del *Decamerón* correspondiente a la jornada VI).

En lo relativo a los conjuros, Perucho apostilló que la apamarga es un poderoso talismán para conjurar a todos los diablos, brujas y monstruos del infierno, siendo también eficaz remedio contra las maldiciones, la rabia y la esterilidad, que la agrimonia priva del despertar o de derrapar en las curvas del sueño a una persona dormida cuando se colocan sus hojas sobre la cabeza y que la marifasa o palatina, cuyas flores blancas se abren en los plenilunios, sirve para combatir la licantropía. Antes de ceder la palabra al poeta Antonio Gamoneda, el fabulador catalán debatió con el resto de contertulios si es posible atribuir o no piedad a la naturaleza y nobleza a la vida, sacando a relucir las diferentes maneras de ser lobo que han puesto de manifiesto tanto la tradición oral como la literatura escrita, desde el comportamiento más feroz descrito por Charles Perrault hasta el más noble transmitido por Rudyard Kipling.

Finalmente, comentó con cierto vértigo un caso de licantropía que le había interesado mucho, como experto en leyes que era. Se trataba del proceso judicial llevado a cabo contra Manuel Branco Romasanta, conocido como “el hombre lobo de Allariz”, a mediados del siglo XIX, fecha en la que todavía circulaba por las farmacias españolas, como simples medicinales o entrando a formar parte de diversas composiciones cosméticas, no solo variados untos animales, sino también las propias enjundias humanas, a las que ciertos maledicentes y detractores de la farmacia intentaban relacionar con las atroces fechorías de los sacamantecas, cuyo solo nombre aterrorizaba a diario a niños y mayores en cuanto el *solpor* daba paso a las sombras de la noche con sus fríos aullidos lunares.

~ EL LIBRO DE LOS VENENOS

Antonio Gamoneda inició su parlamento planteando a sus contertulios el origen de la palabra fármaco y la consideración de que acaso ninguna otra es tan fiel a su etimología: *pharmakon*, lo que, unas veces, es alimento

y otras, veneno. A continuación, confesó que la ciencia de Dioscórides, renovada por Piero Mathiolo y Andrés Laguna, oculta y manifiesta a la vez una “fabulosa” materia literaria, que él, como lector, entraba en los textos del médico y humanista segoviano con “crueldad de enamorado”, pues “me tiene cogido y hasta cegado por la soberanía de sus palabras”, y que le pesaba no haber ido a la profundidad de los textos del médico italiano por falta de tiempo.

Metido ya en la tarea de extraer algunos de los aspectos más significativos del *Libro de los venenos*, escrito a tres voces y con el eco de una cuarta, del que dice el autor ser corrupción y fábula del libro sexto de Pedacio Dioscórides y Andrés Laguna acerca de los venenos mortíferos y de las fieras que arrojan su ponzoña, Gamoneda recordó que, según opinión de los antiguos médicos y filósofos, una persona se puede llegar a acostumbrar al veneno tomándolo en cantidades pequeñas y crecientes para que se sostiene como familiar y loable mantenimiento, lo que se puede verificar con aquellos venenos que obran solamente por cualidades elementales, como el beleño, la mandrágora, la adormidera y la cicuta; por otra parte, hay ocasiones en que la costumbre puede hacer del corrosivo veneno medicina cordial y a la inversa. También aseguró Gamoneda que, según Andrés Laguna, la fiera más venenosa de todas las conocidas es la lengua viperina del hombre, de la que “se derrama una ponzoña tan peligrosa y mortal que ni el mitridato (descubierto como antídoto universal por Kratevas, servidor de Mitrídates, rey del Ponto) ni la triaca perfecta bastan para remediar sus daños”.

Como los que habían estado ya en turno de palabra no se habían referido a ellos, dijo Gamoneda que Dioscórides y Laguna no hacen justicia al género de los hongos, “donde los hay certificados en bondad”, como la seta del cardo, que, “puesta en su fiel, alienta gloriosamente sobre las carnes guisadas”, el champiñón, que, “aunque humilde en sabor, adelgaza la sangre de los viejos”, las trufas, que “dan perfume y suavidad a los alimentos” o el agárico, que “alivia los sudores nocturnos de los tísicos y provoca dulcemente la orina”. No obstante, reconoció que la muerte anda suelta entre algunos hongos venenosos, sobre todo los que, según Dioscórides y Lagu-

na, cambian de color y terminan siendo violáceos o negros al ser cortados, y califica de “reina tenebrosa” a la *Amanita faloide*, vulgo meaperros, que, “enfriando el cerebro, mata en seis horas de convulsiones tetánicas”, aun siendo portadora de “temibles maravillas”.

El poeta autodidacta refirió el experimento realizado por Kratevas, el Rizotomo (“arrancador de hierbas”), con tres esclavos del rey Mitrídates para determinar la dosis alucinógena (visual y auditiva), pero no mortal, de la *Amanita muscaria*, vulgo matamoscas. Parece que, al que toma el hongo en dosis tóxicas, pero soportables, le invade una borrachera de alegría, que suele manifestarse con cantos, incluso en lenguas desconocidas, y danzas de las más inverosímiles, pues cualquier movimiento resulta fácil por la elevación del tono muscular; también sucede que la realidad se le agranda, al contemplarla con sus dilatadas pupilas, y todo ello puede acabar en un auténtico frenesí, no siendo raro que el intoxicado pretenda hacer partícipes a otras personas presentes o ausentes de sus bienandanzas y de las maravillas que está viendo y oyendo. A la excitación sucede la calma, tras la cual el intoxicado acaba durmiéndose y, en sueños, cree contemplar sucedidos futuros o hechos pasados inexistentes, antojándosele que no existe el tiempo o que la eternidad es menos que un relámpago.

Gamoneda volvió a recurrir al eco de Kratevas para referirse a la muerte del cantor Alceo, debida a la cicuta envuelta en vino griego proporcionada por el Rizotomo, siguiendo la orden dada por Mitrídates: “En el espacio de una hora (...) ya se habían cerrado sus oídos y no había mirada dentro de sus ojos. Bajo mis manos, su frente se hizo sentir fría y húmeda a causa de que la cicuta convierte en finísimo hilo la sangre de las celdas cerebrales, de lo cual vienen sordera e imbecilidad como si el pensamiento colgara fuera del mundo. El cuerpo de Alceo se irguió en manera convulsa, pero ya había desertado su alma y no daba de sí otra señal que un derramamiento de heces coléricas”. Asimismo, se refirió al ensayo de Kratevas con un tal Cippo para comprobar los efectos del acónito, y cómo verificó que la planta, también llamada napelo y centella, pude provocar visiones abismales o que se contemplen los gránulos de luz

que se desplazan por el interior del cuerpo humano. Finalmente, aludió a Krátevas al hablar del efecto corrosivo del solimán o azogue precipitado, que procede de calcinar el mercurio con aguafuerte, al que se oponen, aunque no con la rotundidad deseada la combinación de mirra y miel: “...los huesos de su rostro se dejaban ver como como frutas de sombra en la transparencia de la piel”, y del arsénico, del que dice que “díficilmente encuentra par en su malignidad”, ya que seguramente actúa sin compasión en las entrañas. Por otra parte, el poeta leonés dio a entender que el élboro blanco y el veratro son uno y el mismo: el tradicionalmente llamado tóxico o yerba de los ballesteros, que tiene la propiedad de bajar la presión sanguínea y hacer desaparecer el pulso, pero también de hacer enloquecer a los hombres.

En cuanto al reino animal, Gamoneda apuntó que las moscas cantáridas son tan eficaces en provocar la lujuria que algún insensato llegó a tanto desainarse que murió como villano tieso; que, según la leyenda, recogida por Cervantes en *El Quijote*, el castor, cuando se siente perseguido por los cazadores, se taraza, arranca los compañones con los dientes y los abandona, comprando así su vida. Andrés Laguna parece dudar de dicha leyenda (“antes dejaría los ojos que la tal prenda”), pero en lo referente al basilisco, dice el célebre médico humanista que lanza su ponzoña como una saeta de amor mirándonos a los ojos y, atravesándolos, la hace llegar a las entrañas, pudiéndose comparar a la que cada día beben por sus ojos los amadores. Y es que: “el veneno atraído por los espíritus de la visión se deposita precisamente en las celdas frontales del cerebro, donde se guardan las virtudes fantásticas y sensibles”. Luego, Gamoneda se refirió a las diferentes capacidades ponzoñosas del áspid y otras varias sierpes, y dio cuenta de las señales del perro rabioso y de los mordidos, así como de los remedios contra las mordeduras.

En relación al unicornio, el poeta comentó que Plinio lo describe como un monstruo feroz, con cuerpo de caballo, cabeza de ciervo y patas de elefante, y lo llama monoceronte, pero que los viajeros del Asia lo conocen como asno indio y que Cetsias cuenta cosas que nada tienen que ver con las de Plinio: “su cabeza es roja; sus ojos, grandes y azules; su cuerno ani-

llado en blanco y negro”; luego, anotó que Isidoro de Sevilla decía de él que, aun siendo feroz, en cautividad muere de tristeza, y que se había escrito mucho de su obediencia y apego a las vírgenes. También añadió que, en el *Physiologo* griego, consta que hace inofensivas las aguas envenenadas trazando con el cuerno sobre ellas la señal de la cruz.

Cuando escuché a Gamoneda hablar de este rinoceronte agacelado, de color ceniciente, que, según decían los cuentacuentos del Medievo, “duerme al dulce aroma de la virginidad de la doncella, a pesar de que sabe de su sacrificio para que los hombres adquieran la fuerza testicular que sale del centro de su frente en forma de un cuerno de dos codos, pulido como el marfil”, noté que salían de forma espontánea del armario lleno de sombras de mi memoria las peripecias que cuenta la novela *En busca del unicornio* (Juan Eslava Galán) acerca de la expedición castellana que, allá por el siglo XV, se adentró en tierras africanas tratando de hallar y cazar, con la ayuda de “una doncella intacta”, al mítico animal, en cuya frente se encontraba el cuerno del que los boticarios del rey Enrique IV de Castilla debían sacar “ciertos polvos de virtud” para apuntalar la virilidad desfalleciente de los hombres poderosos en el otoño de sus vidas (como era el caso del rey castellano) y devolverles los ardores de su juventud. Aparte de esto, parece que el cuerno del unicornio se tenía como remedio universal contra el veneno, mientras que el ungüento de su hígado parecía ser mano de santo en la curación de las heridas.

Gamoneda no solo habló de los venenos y sus antídotos, añadiendo acarreos estéticos y algún desvío enriquecedor a la lengua de Laguna, sino también de plantas virtuosas, como el orégano, yerba de olor y sabor subidos, que “refresca las túnicas del cerebro, hace huir a las serpientes y aprovecha mucho en los adobos”; el cantueso, muy parecido al espliego y a la alhucema, con sus flores azules y sus bayas amargas de granillos esquinados, que permite purgar la flema y la melancolía, conforta el pensamiento, templa los nervios y los instrumentos de los sentidos y, como es planta que derrama perfume, puede ser utilizado, como el espliego y el romero, para dar aroma a los armarios de las casas y de las personas; la ajedrea, otra labiada que “cunde en lugares atravesados por los vientos africanos y aun

en terrenos pedregosos”, saborija a los guisos, estimula el apetito, sabe alinear como pocas otras aromáticas a las olivas y suele ser virtuosa a la hora de perfumar los jabones; el cardo santo, que tiene los tallos bermejos y la flor pajiza y sirve para atajar el olvido, que es corrupción de la memoria, así como las jaquecas y los vaguedos de cabeza; la valeriana, un nardo salvaje y purpúreo que se comporta como una yerba bendita, pues ayuda en el dolor y llama al sueño pacífico, como también lo provoca el nenúfar, que nada en aguas quietas, tiene la flor blanca y se comporta como apaciguante. Todas ellas también están recopiladas, aunque sin una clasificación sistemática, en la *Materia Médica* de Dioscórides. Gamoneda no solo las ha recolectado, sino que ha fabulado sobre ellas, generando más ficción de la que había en el punto de partida, sin que sepamos a ciencia cierta o incierta a qué clase de literatura responde este insólito juego de máscaras y veladuras, no desprovisto de fino humor y sutil ironía.

~ EL CUADERNO SECRETO

Para cerrar el parlamento, tras escuchar a esos tres magos de la palabra, como eran Cunqueiro, Perucho y Gamoneda, partidarios de oponer al racionalismo utilitarista un cierto aliento romántico y surrealista, Raúl Guerra Garrido manifestó que el sueño (“quien sueña novela”) y la fabulación son los fermentos necesarios de todas las fuerzas superiores de la actividad creadora, y que la imaginación, salvo que se mantenga con las alas quietas, sin levantar el vuelo, nos hace ver que la realidad es cambiante y muestra mil caras distintas. Como si del mismísimo Ave Fénix se tratara, resucitó de las cenizas de su propia farmacia el diario heredado de su abuelo materno, intitulado con el nombre tan llamativo de *Personalia*, y le infundió una nueva vida bajo el título de *Cuaderno secreto*, para afrenta de incendiarios parabellinos y para reivindicar la palabra: “la dignidad es seguir siendo uno mismo cuando ser uno mismo es lo que más puede perjudicarte”.

Lo que aquí contó Raúl proviene, por una parte, de las anotaciones literarias realizadas al cuaderno escrito en letra inglesa por el abuelo a modo

de un dietario. En él se relataban hechos inverosímiles, y aún milagrosos, pero ciertos (“la verdad no siempre es verosímil”), ocurridos en la misma botica donde ahora se desarrollaba la tertulia, y también se daba cuenta de la ciencia botánica y la farmacia galénica que había ido desarrollando don José Garrido hasta el día de su jubilación, durante un tiempo en que coexistieron las “ciencias que adelantan que es una barbaridad”, la fórmula magistral “según arte” y los hábitos curativos más ancestrales, así como del contenido de los botes cerámicos de atractivos rótulos que llenaban los anaqueles de aquella oficina de farmacia, entre los que me pareció ver uno que contenía el “rocío de la cara oculta de la luna” y otro, quizás más producto de mi propia fantasía, que guardaba el aire del día que nació la farmacia: aquel en el que el primer sujeto, lleno de coraje, eligió una hierba para curarse a sí mismo; además, el dietario detallaba algún que otro sucedido en la comarca de El Bierzo, “en donde se daba preferencia a lo estrambótico y oculto sobre lo razonable, salvo cuando lo razonable marchaba contra corriente”. Por otra parte, el novelista hizo comentarios que procedían (o, quizás, ¿precedieron?) de las deliciosas páginas acerca de la farmacia y las letras de *El herbario de Gutenberg* (escrito junto con Javier Puerto y Juan Esteva de Sagrera con la intención de reencantar el mundo de la farmacia), así como otros decires, que salieron espontáneamente de su cacumen cargados de humor e ironía.

Según confesión propia: “Mi ciencia galénica se estimuló más en los anaqueles de aquella botica, durante mis vacaciones de verano, que con las invernales explicaciones científicas de la Facultad de Farmacia en donde cursé la carrera, en la Complutense”. Allí, entre la piedra bezoar, el polvo del alicor, el bálsamo de Fierabrás, aceites de variados orígenes, ciertas yerbas provenientes de *La Celestina*, unos pocos elixires cordiales y algunas otras piezas del hermoso botamen rotuladas como “Opium”, “Raíz ipec.” y “Sangre draco”, Raúl Guerra Garrido adquirió una sólida formación científica y humanística, al tiempo que disfrutaba de unos buenos capuzones en el río Cúa o aprovechaba los paseos por el campo y los alomados cerros bercianos para identificar plantas, como la humilde crucífera del zurrón del pastor, de propiedades hemostáticas, o la festiva verbena, de recono-

cidas virtudes febrífugas, resolutivas y vulnerarias, una de sus plantas favoritas desde que había leído en la botánica oculta de Alberto Magno que: “cinco hojas mezcladas con vino y derramado luego en un espacio donde se celebre fiesta, hará nacer al instante una alegría loca entre los celebrantes”, y ya se sabe que la alegría de vivir es medicina inmejorable, mientras que el consuelo y la comprensión permiten aliviar el dolor del enfermo, de la misma manera que la poesía trata de mitigar ese ¡ay! del primer verso, del que dejó constancia su admirado León Felipe.

El autor de *Lectura insólita de El Capital* dejó claro el escepticismo del boticario de Cacabelos: “De lo de abajo nada”, solía decir don José, cuando estaba rodeado de sus familiares en la casa que estaba situada encima de la farmacia, detallando que los catarros los trataba con una fórmula más popular que magistral: “vino hervido con unto o torreznos de tocino añejo, se le añade miel o azúcar y se toma al acostarse, produce sudores, ablanda la tos y a veces cura”. Al parecer, también confeccionaba una receta de licor de saúco o sabugueiro, la planta mágica por excelencia del Bierzo, que él mismo solía utilizar en ocasiones para “superar las melancolías del otoño y prevenir gripes invernales”. Y, como tenía madera de científico, planteó por encargo de un allegado un contratiempo de la Coca Cola, deconstruyendo una muestra del refresco: “La raíz (de zarzaparrilla) no supone ningún problema y la soda bien puede sustituirse por el agua de litines. Lo euforizante procede de la cola, nuez de cola que contiene el doble de cafeína que el café y su complemento energizante de la *energía de los dioses*, de las hojas de coca, que tan bien conocen los porteadores del altiplano andino”. Asimismo, desmontó el famoso polvo del alicor, procedente del cuerno de dicho animal, que tenía fama de ser una especie de curalotodo, con especiales virtudes afrodisíacas y contravenenos y era la más valiosa receta entre el arsenal terapéutico manejado por La Bruja de Camponaraya, una especie de Celestina de agradables facciones y deslumbrantes ojos verdes, que, además, tenía el don de la adivinación, el cual ejercía mirando en el fondo de un vaso de agua. Según el boticario Garrido, cuyas desavenencias farmacológicas con la bruja eran tan grandes como la devoción que sentía por ella: “Este cuerno no es marfil fósil de mastodonte, ni cuerno de naval,

ni mucho menos cuerno de unicornio, sino simple caracol marino de espiral salomónica, sin ninguna virtud, salvo aquella que el propio interesado quiera concederle”.

Sin embargo, un día que coincidimos en el jurado de un premio de cuentos breves y, al terminar la reunión, yo le confesé mi asistencia invisible a aquella tertulia, Raúl me aseguró que él había montado a pelo a la blanca hembra del alicor, cuidada y alimentada en secreto por la bruja, y que había evitado la caída de su montura agarrándose a la protuberancia que en forma de alargado caracol marino adornaba su frente. Por otra parte, al hacerle la confidencia, no puso en duda mi presencia en la tertulia de la rebotica de Cacabelos, quitándole importancia al hecho de si se trataba de un recuerdo propio, fruto de lo vivido o de lo imaginado, o bien de un recuerdo heredado de memoria ajena, cargada de mayor o menor fantasía (incluso me dio la impresión que él llegó a sospechar mi presencia por el método adivinatorio aprendido de La Bruja de Camponaraya).

Raúl esbozó una sonrisa deliciosamente irónica cuando le comenté que acaso la bruja había mantenido en tan buen estado de forma al alicor con friegas diarias de Linimento Sloan, “bueno para el hombre y la bestia”, o con alguna composición suya, precursora del mismo, a base de cayena, esencia de trementina y aceite de alcanfor. De nuevo sonrió al mostrarle mi extrañeza acerca de algunas paradójicas descripciones de los diccionarios: por más que me esforzaba, no entendía cómo una palabra tan bonita como almorrana tuviera tan mala sombra médica y produjera a veces dolores tan crueles, que incluso llegaba a poner en dificultades a quien trataba de ser condoliente con quien los padecía; por el contrario, se echaba en falta la presencia en los mismos de una palabra de tan buena sombra como “algarrobase”, condición de quien va adquiriendo con la edad la sombra tan amplia como fresca del árbol del quilate. Por su parte, me llamó la atención acerca de la palabra “embeleñar”, usada en el pasado con todo un espectro de significados farmacéuticos desde embelesar, es decir, arrebatar los sentidos o quedarse adormecido un breve rato (en una clara suplantación de los efectos del beleño por los de la belesa), hasta el de envenenar, y, al paso, me contó la anécdota de Andrés Laguna, que durmió de un voleo

seis horas seguidas, tras varias noches en vela y después de haber probado otros recursos, cuando llenó la almohada sobre la que trataba de dormir con hojas del hiosciamo, siguiendo la recomendación de una saludadera tudesca, lo que ponía de manifiesto el talante crítico, pero abierto, del médico segoviano.

Las tertulias son un buen recurso, y ya desaparecidas las de rebotica y agónicas las de café, no parece mala idea recurrir a la imaginación, me dijo, para asegurarme a continuación que todo forma parte de la realidad, por lo que, a veces, el escritor más fabulador, como era el caso de Cunqueiro o de Perucho, bien podía ser un hiperrealista. La fábula, como la leyenda, el cuento o el mito, modelan la realidad de un pueblo y no deberían interpretarse como algo opuesto, sino como algo complementario a la historia, siempre exigida de verificación. Es más, hay veces que los hechos legendarios se transmiten “como si fuesen históricos”. Por tanto, merece la pena plantearse las cosas en términos de posibilidad y no de contrariedad, pues yo mismo -terminó diciendo-, de niño, soñaba con ser pájaro y volar, pero también quise ser piedra y rebuscaba en el lapidario del abuelo la que más me convenía. Y es que a él los recuerdos le salían como los besos y las cerezas, a racimos, y en ellos se encadenaban con total libertad ficción y realidad, sin propósito alguno de torcer el camino de la verdad, pues no hay engaño sino invención en sus relatos.

Al terminar la tertulia y cerrar la puerta de la botica para ir a la taberna con el resto de contertulios a tomar uno de los buenos vinos de El Bierzo con su correspondiente pincho de anchoa y aceituna, a Raúl se le cayó de uno de los bolsillos de la chaqueta un papel en el que había anotado: “Ante dos puertas cerradas, abre la que desconozcas. Ante dos puertas cerradas y desconocidas, abre la prohibida. Ante dos puertas cerradas, desconocidas y prohibidas, abre la que más temas”. Acaso esta sea la clave de la libertad creadora.

~ LECTURAS RECOMENDADAS

Cunqueiro A. Tertulia de boticas prodigiosas y escuela de curanderos. Vigo: Editorial Galaxia, 2014.

Cunqueiro A. Los otros feriantes. Alcobendas: Ediciones 98, 2022.

Cunqueiro A. Gente de aquí y acullá. Alcobendas: Ediciones 98, 2023.

Font Quer P. Plantas medicinales. El Dioscórides renovado. Barcelona. Editorial Labor, 1987.

Gamoneda A. Libro de los venenos: corrupción y fábula del Libro Sexto de Pedacio Dioscórides y Andrés de Laguna, acerca de los venenos mortíferos y de las fieras que arrojan de sí ponzoña. Madrid: Ediciones Siruela, 2006.

Gamoneda A. Esta luz. Poesía reunida (1947-2004). Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2004.

Gamoneda A. Libro del frío. Madrid: Siruela, 1992.

González J. Clío también estuvo aquí (Literatura de viajes y viajeros por la Axarquía almeriense). Mojácar: Arráez Editores, 2020.

Guerra R. Cuaderno secreto. Barcelona: El Aleph Editores, 2003.

Guerra R. Tertulia de rebotica. Madrid: Alianza Editorial, 2016.

Laguna A. Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos (edición facsímil de 1566). Madrid: Fundación de Ciencias de la Salud, 1999.

Perucho J. Botánica oculta o el falso Paracelso. Barcelona: Edhsa, 2020.

Perucho J. Bestiario fantástico. Madrid: CUPSA Editorial, 1977.

Puerto FJ. El hombre en llamas. Paracelso. Madrid: Nivola, 2001.

Ediciones PANACEA